

LA CALAHORRA Y EL CONTROL DE ACCESO AL PUENTE DE CÓRDOBA DURANTE LA EDAD MEDIA

ALBERTO LEÓN MUÑOZ

Académico correspondiente de la RAC

RESUMEN

La torre de la Calahorra es uno de los edificios más interesantes de Córdoba, pues sintetiza de forma muy elocuente la historia medieval de la ciudad. En este estudio exponemos las principales fases constructivas por las que ha pasado esta fortaleza y su entorno inmediato: desde la puerta que protegía el puente en época omeya, el recinto amurallado almohade que la rodeaba, la transformación del edificio en un castillo aislado tras la legendaria batalla del Campo de la Verdad, hasta su definitiva adaptación al uso de la artillería de pólvora a finales de la Edad Media. Cada una de estas fases responde a conflictos militares en los que el puente adquirió un especial protagonismo como elemento vital en la historia de Córdoba.

PALABRAS CLAVE: Calahorra, puente fortificado, periodo almohade, Enrique II, bandos nobiliarios, troneras, barrera artillera

ABSTRACT

The Calahorra's tower is one of the most interesting buildings in Córdoba, because it synthesizes in a very eloquent way the medieval history of the city. In this paper we expose the main constructive phases of this fortress and its immediate surroundings: the door that protected the bridge in the Umayyad period, the Almohad walled enclosure that surrounded it, the transformation of the building into an isolated castle after the legendary battle of the Campo de la Verdad, until its definitive adaptation to the use of gunpowder artillery at the end of the Middle Ages. Each of these phases responds to military conflicts in which the bridge acquired a special role as a vital element in the history of Cordoba.

KEY WORDS: Calahorra, fortified bridge, Almohad period, Henry II, nobiliary factions, embrasures, artillery barrier

De todo el rico y variado patrimonio arquitectónico de Córdoba el edificio civil que, a nuestro juicio, probablemente mejor sintetiza la azarosa vida de la ciudad durante toda la Edad Media (y buena parte de su etapa moderna) es la Calahorra, la fortaleza emplazada en la cabecera del puente mayor (Figura 1). Esta afirmación se basa en tres argumentos básicos que vamos a intentar desarrollar a lo largo de las próximas páginas.



Figura 1.- Diferentes vistas aéreas de la Calahorra de Córdoba y su vinculación con el “Puente Romano” (© Convenio GMU-UCO).

– En primer lugar, por su estrecha vinculación con los dos elementos vitales de la capital cordobesa durante toda su historia: el río Guadalquivir y el denominado “puente romano”, del que forma parte estructural y funcional. La construcción del puente en este punto ha sido un factor esencial para la instalación de la ciudad romana y su consideración secular como una “ciudad puente” (*cfr.* VAQUERIZO, 2008) y ha contribuido decisivamente a su importante papel estratégico en momentos de cierta inestabilidad militar. Los autores andalusíes eran bien conscientes de este hecho, de tal suerte que califican el puente como “... *la madre que amamanta a la ciudad, el punto de confluencia de sus diferentes caminos, el*

lugar de reunión de sus variados aprovisionamientos, el collar que adorna su garganta y la gloria de sus monumentos insuperables” (Anales palatinos..., trad. de GARCÍA GÓMEZ, 1967, 77). Y esta importancia como núcleo de comunicaciones hacia el sur peninsular se mantendrá, como veremos, a lo largo de la historia, pues hasta mediados del siglo XIX no se construirá otro puente estable de fábrica en el Guadalquivir. Aunque a mediados del siglo XII se instaló un puente de barcas en el río a su paso por la capital almohade de al-Andalus, no será hasta 1847 cuando se levante en Sevilla el Puente de Isabel II (o puente de Triana), finalizado en 1852.

– En segundo lugar, la Calahorra es un excelente ejemplo de arquitectura histórica, de edificio en el que son visibles las huellas de las sucesivas aportaciones, reparaciones y transformaciones acometidas a lo largo del tiempo, a la manera de un “palimpsesto arquitectónico”; es decir, un documento histórico construido en piedra, susceptible de ser leído con la adecuada metodología arqueológica. Su funcionalidad eminentemente defensiva ha contribuido a la realización de constantes obras de acondicionamiento del edificio, adaptándolo a las innovaciones tecnológicas propias de la poliorcética medieval. En este mismo sentido, su importante componente simbólico y propagandístico, como primer edificio visible en el punto de acceso a la ciudad desde el sur, favorece la incorporación de elementos propagandísticos en sus fachadas: arcos monumentales, escudos, recursos defensivos, etc...

– En tercer lugar, y en directa relación con lo anterior, destaca por su estado de conservación. La ocupación continuada del edificio hasta la actualidad, acogiendo los más variados usos y funciones¹, ha permitido su supervivencia en pie; aunque las continuas actuaciones de mantenimiento de su estructura y las instalaciones como espacio museográfico en su interior han transformado significativamente su aspecto. Con este trabajo queremos, además, reivindicar su protagonismo y su excepcional valor como documento histórico de primera mano que atesora una rica información, más

¹ Tras la pérdida de su función defensiva, pasó a ser utilizado como cuartel de tropas transeúntes y cárcel de nobles (*cf.* SARAZÁ, 1920, 8; ORTI BELMONTE, 1957). A lo largo del siglo XIX su interior fue intensamente remodelado para albergar una escuela de niñas (MORENO CUADRO, 1989, 93). Y en el siglo XX sirvió como casa cuartel de la Guardia Civil; en los años cincuenta fue restaurado para acondicionarlo como Museo de la ciudad (AA.VV., 1953); y finalmente, desde 1982 acoge la sede del “Museo de las Tres Culturas”, en el que se muestra una exposición permanente gestionada por la Fundación Roger Garaudy.

allá de su simple consideración como contenedor de anécdotas más o menos verídicas.

Pese a su destacado papel en la historia de la ciudad, la Calahorra ha quedado relegada a un lugar marginal en la investigación local, oscurecida por la monumentalidad de los edificios situados dentro de la antigua medina andalusí. Han sido escasas las referencias directas y explícitas a la descripción e historia de esta fortaleza. La mayoría de estos trabajos hacían hincapié en el origen islámico de la construcción², consistente básicamente en un acceso definido por un arco de herradura³ entre dos torres rectangulares (RAMÍREZ DE ARELLANO, 1982, 141), que en época cristiana fue cerrado (ORTI BELMONTE, 1957). La cronología propuesta para este primer edificio islámico retrasaba su origen a época almohade, basada en elementos decorativos como las fajas horizontales paralelas visibles en las torres laterales (BARRUCAND, BEDNORZ, 1992, 137) o la supuesta forma apuntada de la bóveda interior (ESCRIBANO, 1962, 11). En un trabajo más reciente, centrado exclusivamente en el análisis de esta primera fortificación islámica, se argumentaba una datación más temprana, de finales del siglo X, en época del *hayib* Almanzor (LEÓN, 2002-2003), identificando esta construcción con un modelo arquitectónico de puente fortificado que parece tener un cierto desarrollo en algunas zonas de al-Andalus durante ese periodo (*cfr.* MALALANA, 1990). El hecho de formar parte del propio puente fortificado permite explicar por qué este edificio no aparece mencionado de forma explícita o individualizada en las descripciones aportadas por los autores y viajeros islámicos, pues, en realidad debió de ser entendido como una puerta más de la ciudad.

Todas estas interpretaciones e hipótesis de restitución y datación pudieron ser revisadas gracias a la intervención arqueológica que se realizó en 2007, consistente en la lectura estratigráfica de los alzados, en el marco del proceso de restauración del puente romano de Córdoba y su entorno urbano (*cfr.* CASTRO, 2009). Si bien la actuación se limitó a los paramentos exteriores del edificio y apenas pudo documentar los espacios interiores, se recuperó una interesante información estratigráfica y tipológica que ha

² De distinta opinión son autores como Sarazá y Murcia (1920) o Santos Jener (AA.VV. 1953, 199), quienes consideran la fortaleza obra cristiana posterior a 1369.

³ La restitución de forma apuntada de este arco de herradura se propone ya a mediados del siglo XX, como consecuencia, creemos, del proyecto de restauración acometido por el arquitecto municipal, Víctor Escribano (*cfr.* ORTI BELMONTE, 1957; ESCRIBANO, 1962).

permitido avanzar considerablemente en el conocimiento de esta construcción y adoptar unos criterios de intervención arquitectónica que facilitan la comprensión del paso del tiempo en la fortaleza (Figura 2). La lectura estratigráfica y la reconstrucción de la secuencia evolutiva del edificio han resultado claves para la contextualización cronológica de los diferentes elementos que componen el conjunto y para proponer una nueva interpretación histórica de sus principales fases constructivas o, cuando menos, matizar las existentes (PIZARRO, CASTRO, 2011).

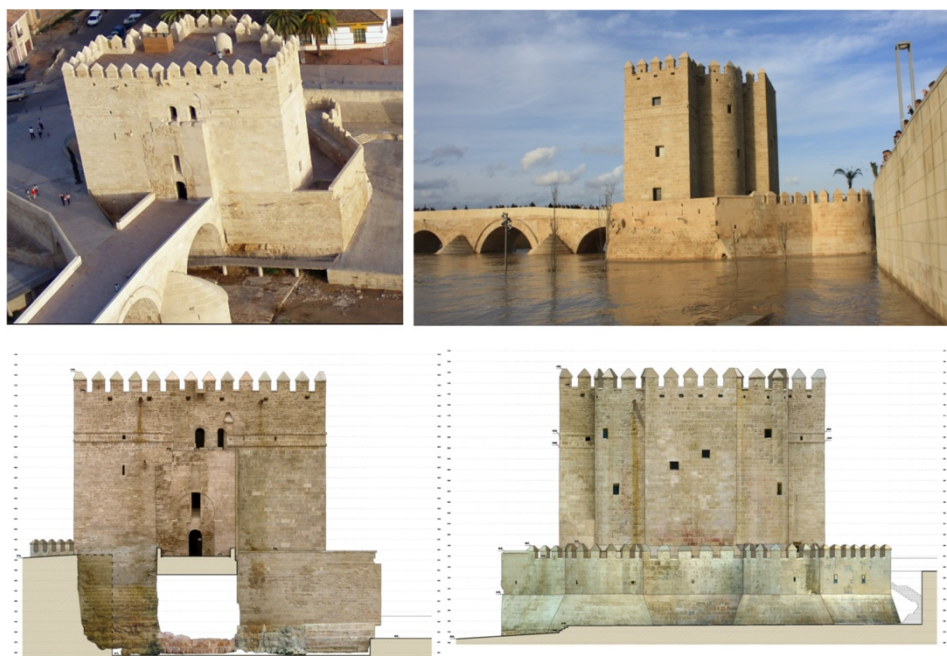


Figura 2.- La Torre de la Calahorra de Córdoba después de la intervención arquitectónica de la primera década del siglo XXI (© Convenio GMU-UCO).

Además de esta fortificación, vamos a incluir en nuestra contribución un recinto amurallado islámico directamente relacionado con el control y defensa del acceso al puente mayor y que ha pasado prácticamente desapercibido en la historiografía local, al quedar oculto e integrado en construcciones posteriores, a partir del siglo XIV. Esta fortaleza, que integraba a la torre de la Calahorra, fue objeto de dos intervenciones arqueológicas simultáneas en el año 2001 (LEÓN *et alii*, 2004; CASAL *et alii*, 2004) que permitieron documentar buena parte del trazado de este

recinto y recuperar varios conjuntos de materiales cerámicos fundamentales para aquilatar su cronología y su interpretación.

En definitiva, la defensa y el control del puente mayor de Córdoba fue objeto de atención por parte de las autoridades de la ciudad, e incluso de los gobernantes de los estados hispanos durante toda la Edad Media. Puerta de ingreso a la ciudad y encrucijada de caminos hacia el norte y sur peninsular, la Calahorra y su entorno inmediato atesoran una valiosa información que vamos a intentar exponer, al menos, a grandes rasgos.

El clamoroso silencio de las fuentes

Resulta sorprendente que un edificio con tal importancia estratégica para la ciudad apenas sea mencionado en la documentación escrita hasta fechas muy tardías y que no haya referencias explícitas a las construcciones allí acometidas ni a sus autores que permitan su identificación y adscripción cronológica con seguridad. A pesar de ello, el contraste con la información arqueológica más reciente puede ser de gran ayuda en el intento de reconstrucción histórica de su evolución.

Hasta hace pocos años, la referencia documental más antigua de la que se tenía constancia acerca de la existencia de una fortificación en la cabecera del puente procedía de la crónica de la conquista de Córdoba por parte de Fernando III el 7 de febrero de 1236. El obispo Lucas de Tuy, en su narración de este episodio menciona cómo el monarca tomó la fortaleza que estaba en el mismo puente (*"et cepit rex castrum quod erat in ipso ponte"*). Sin embargo, el laconismo de la noticia no permitía identificar el tipo de fortaleza ni su antigüedad.

La traducción de esta crónica, recogida por M. Nieto, es la siguiente:

"Llegado a Córdoba Fernando III, ante la imposibilidad de cortar la entrada y salida de los sarracenos de la ciudad a través del puente por no poder pasar al otro lado del río, el monarca mandó hacer balsas y barcas, y el mismo rey con algunos pocos pasó en primer lugar el río, con lo que se impidió la entrada y salida de los moros y se pudo tomar la fortaleza que había en el mismo puente" (NIETO CUMPLIDO, 1979, doc. nº 122, p. 74).

Habrà que esperar más de un siglo para encontrar una nueva referencia explícita a esta fortaleza, transmitida por la Crónica de Pedro López de Ayala, en el marco del conflicto civil que enfrentó a Enrique II y Pedro I. En

el marco de la alianza que mantuvo este último con el rey nazarí de Granada, Muhammad V, en el año 1368 asediaron Córdoba, que se había mostrado partidaria de Enrique II Trastámara y tomaron la Calahorra, denominada aquí como “coracha”⁴.

“E el rrey don Pedro e el rrey de Granada juntaronse en uno e vinieron sobre Cordoua. (...) E el rrey don Pedro e el rrey de granada llegaron cerca la çibdat de Cordoua e los de çibdat, que eran muchos e buenos, teniendo que pelearían con ellos por las barreras de la çibdat, non estaban aperçebidos de poner rrecabdos en los muros, e los moros eran muchos e llegaron muy fuerte mente a la çibdat en guisa que un señor de moros que ý venia, que le dizian Abenfaluz, que fuese después rrey de Marruecos, con la grand ballesteria que traya, llegaron a una coracha que dizian “la Calahorra” e tan de rrezio la combatieron que la cobraron e la tomaron e al alçaçar viejo fizieron en el seys portillos e subieron suso pieça dellos con sus pendones” (LOPE DE AYALA, 1997, 254-256).

Esta noticia, que menciona la existencia de un elemento fortificado en la cabecera del puente antes de 1368 ha hecho plantear la posibilidad de que existiera una primera construcción cristiana atribuida a Alfonso X, por parte de Félix Hernández (cfr. LEÓN, 2002-2003, 395), o a Alfonso XI (ORTI BELMONTE, 1957, s.p.; ESCRIBANO, 1962, 7).

El punto en el que parecen coincidir todos los autores que de una u otra forma han tratado el edificio es en la atribución del núcleo principal de la obra a la figura de Enrique II. Y ello a partir de la única referencia explícita a las obras acometidas en el edificio por parte de este monarca, después de la muerte de su hermanastro:

“En el año siguiente de mil trescientos sesenta y nueve à veinte y tres de Marzo sucedió la muerte del Rey Don Pedro por mano de su Hermano Don Enrique, con que quedó Córdoba sosegada, y gustosa con el nuevo Rey, que pasando por ella mandó reparar el Puente, y hacer más capaz, y fuerte la Fortaleza de la Carrahola” (GÓMEZ BRAVO, 1778, 313).

En este mismo texto se hace referencia a la destrucción de los arcos del puente durante el enfrentamiento militar en el que las tropas de Pedro I tomaron parte de la ciudad:

⁴ En este caso, el empleo de este término debe ser entendido como la acepción genérica que indica la parte de una fortificación próxima a un curso de agua (MORA-FIGUEROA, 1994, 85; PAVÓN, 1990, 365-366).

“Por el mes de Mayo del año de mil trescientos sesenta y ocho vinieron a Cordoba los Reyes Don Pedro, y Mahomad con poderoso Exercito à sitiàr à Cordoba. El Moro acometiò por el Puente, y tomò el Fuerte de la Carrahola, que defendía la entrada; pero saliendo de la ciudad Don Alonso Fernandez de Monte-Mayor con gente muy lucida mandò derribar dos Arcos del Puente, para que ninguno tuviese esperanza de retirarse, sino de vencer, ò morir” (GÓMEZ BRAVO, 1778, 312).

Estas noticias no tienen un refrendo en las crónicas castellanas coetáneas a los acontecimientos, por lo que se han tomado como el resultado de la tradición local, con un cierto componente epopéyico, que consolidó la leyenda de la batalla del Campo de la Verdad. No obstante, la lectura de las fuentes musulmanas coevas permitió a Rafael Castejón proponer la existencia real de dicha batalla y de la más que probable rotura de algunos arcos del puente (CASTEJÓN, 1927, 551-552), aunque no sea posible ordenar los acontecimientos, ni su transcendencia efectiva en la retirada de los asaltantes, ni se indiquen las causas que provocaron la destrucción del viaducto. Lo que sí parece cierto, a tenor de lo narrado en las fuentes islámicas, es que una intensa lluvia y una crecida del Guadalquivir obligaron a levantar el sitio y a la retirada de las tropas aliadas. Este dato, junto con la forma de atravesar a nado el río, hace pensar a Castejón que *“la rotura del puente por los cordobeses parece probable”* (CASTEJÓN, 1927, 552). Sea como fuere, esta información documental es crucial para el correcto encaje cronológico del edificio y la interpretación de las transformaciones que tuvieron que realizarse para acceder al puente como consecuencia de la construcción de este castillo, como luego veremos.

Sin embargo, la revisión de algunas referencias de época andalusí desde nuevos enfoques permite identificar la existencia de una puerta en esta zona del puente. Tradicionalmente se ha identificado la *Bāb al-Qanṭara* (o *Bāb al-Wādī*) como la puerta del Puente (o Puerta del Río), cuyo emplazamiento coincidiría con la actual Puerta de Felipe II (OCAÑA, 1935, 143). No obstante, la noticia aportada por *Ibn Ṣāhib al-Ṣalāt* en 1162, en la que menciona la llegada a Córdoba de *Abū Ya‘qūb* y *Abū Sa‘īd*, los hijos del califa, con la intención de instalar en esta ciudad la capital almohade en al-Andalus, permite una nueva interpretación del emplazamiento de una de estas puertas. Dice *Ibn Ṣāhib al-Ṣalāt*:

“Toda la gente de Córdoba salió a su encuentro, y fui yo uno de los que salieron a recibir su bendición, con la delegación de los secretarios de Sevilla ya citados, a la puerta del puente (Bāb al-Qanṭara), la contigua

al campo, por donde va el camino de Jaén" (Al Mann bi-l-Imama, IBN ŠĀḤIB AL-ŠALĀT, 1969, 205, p. 49 de trad.).

La aclaración explícita a la ubicación de esta puerta “*contigua al campo*”, para distinguirla de la situada del lado de la *qibla* de la mezquita aljama (OCAÑA, 1935, 143) o en el lienzo meridional de la muralla (ZANÓN, 1989, 45), permite plantear que esta puerta pudiera corresponder a la situada en la cabecera del puente, en el lado opuesto a la ciudad.

En un reciente trabajo de la Dra. Viguera (2014) se aporta una interesantísima traducción de varios fragmentos de una obra de *Abū Ṭālib al-Marwānī al-Qurṭubī* centrada en la recopilación de varias biografías de sabios cordobeses (*‘Uyūn al-Imāma wa-nawāzir al-siyāsa*). En este estudio se aportan nuevas informaciones inéditas sobre varios lugares de la Córdoba andalusí, entre las que destaca la mención a una torre situada en la cabecera del puente a principios del siglo XI:

“Murió Abu ‘Ali l-Hasan b. Ayyub al-Haddad en el mes de sawwal del año 425/agosto-septiembre 1034. Había nacido en muharram del año 338/julio 949. Fue enterrado, en el cementerio de nueva ubicación, durante la Guerra Civil (Fitna), en la cabeza del Puente, enfrente de la Torre (al-Burġ) alzada ante él [es decir, del Puente]. [Se le enterró] a comienzos de la mañana, asistiendo mucha gente, y con ellos el emir de Córdoba, el jalifa, soporte del Estado (‘Amid al-Dawla) Zuhayr al-Siqlabi al-‘Amiri. Rezó [la oración de difuntos] el cadí Yunus b. ‘Abd Allah, que entonces tenía su misma edad, superándole el difunto Abu ‘Ali por medio año: no había en esos tiempos entre los maestros (suyuj) ninguno con más años: Abu ‘Ali tenía al morir 88 años. No dejó ningún hijo varón. Dios lo tenga en Su gloria”. (VIGUERA MOLINS, 2014, 46-47).

La Dra. Viguera hace hincapié en que esta torre “*Ha de ser la llamada ‘Torre Calahorra*” (VIGUERA MOLINS, 2014, 46, nota 37). Esta información resulta fundamental para confirmar la hipótesis que planteamos hace unos años en relación con la cronología amirí de la primigenia fortificación existente en este punto (LEÓN, 2002-2003, 421).

Pese a la carestía de información documental de época medieval sobre la fortaleza de la Calahorra, el primer punto de ingreso a la ciudad desde el sur, los datos disponibles, en conjunción con las evidencias arqueológicas, permiten proponer un cuadro evolutivo de las estructuras que defendían el acceso al puente de Córdoba. Mucho más abundante y detallada es la documentación generada como consecuencia de las constantes intervenciones

arquitectónicas y reparaciones del edificio desde el siglo XVII, y del arriendo del foso y sus dependencias, conservada en el Archivo Histórico Provincial de Córdoba (Sección 5, serie 3ª-2ª. Caja 116), en la que no podemos detenernos por exceder con mucho el objetivo del presente estudio.

La información gráfica acerca de la Calahorra tampoco es especialmente útil a los efectos de la lectura evolutiva de la fortificación, pese a que, en este caso, el repertorio de representaciones e imágenes de la ciudad en las que este edificio aparece sí es muy abundante (Figura 3). La inmensa mayoría de estas vistas repite recurrentemente la misma perspectiva; esto es, desde la orilla sur del río, el llamado Campo de la Verdad, mostrando preferentemente “*su perfil más fotogénico con el Guadalquivir y el Puente romano en primer término, junto a los molinos y la Albolafia, con la mezquita y el casco histórico detrás, y Sierra Morena al fondo*” (GÁMIZ, ANGUIS, 2005, 81). Como consecuencia de ello, de la Calahorra sólo se aprecia su frente meridional, en el que sobresale la barrera artillera y los cuerpos más recientes adosados a las fábricas originales. De entre estos dibujos destacan los dos más antiguos: el realizado por Anton van den Wyngaerde, en 1567 (KAGAN, 1989) y el grabado incluido en el tomo VI de la serie *Civitates Orbis Terrarum* (1627) (GAMIZ, ANGUIS, 2005, 83; GAMIZ, GARCÍA, 2012, 6). Aunque este último presenta muchos menos detalles y precisión que el de Wyngaerde, que le pudo servir de modelo⁵, tuvo una especial difusión y fue copiado por sucesivos autores (GAMIZ, GARCÍA, 2012, 7). De estos dibujos nos interesa ahora un detalle que no afecta directamente a la Calahorra propiamente dicha, sino al recinto amurallado islámico que la rodeaba y del que se aprecia un lienzo almenado que partiendo de la fortaleza cristiana de la Calahorra se pierde tras el edificio rectangular situado al sur del camino, la Posada del Espíritu Santo, cuyos muros se adosan a la muralla almohade (Figura 3, superior). Por otro lado, tanto en el dibujo de 1567 como en una representación posterior, publicada en 1779 (GAMIZ, GARCÍA, 2012, 9), la parte superior de la Calahorra aparece desmochada, sin el remate de la merlatura. Aunque desconocemos el motivo por el que no se representa la parte superior (acaso para facilitar la visión de los elementos posteriores o por su estado real de conservación), esta información pudiera aportar una cronología para la reconstrucción de la azotea del edificio (*vid. infra*). Igualmente interesante

⁵ Un indicio de que el dibujo de *Civitates* pudo copiar el diseño anterior (Gamiz, 2011, 45) es el remate de la parte superior de la Calahorra que, a nuestro juicio, pudiera corresponder con una mala interpretación del molino de la Albolafia situado en la orilla opuesta.



Figura 3.- Antiguas imágenes que representan la Calahorra de Córdoba y el Guadalquivir: superior, dibujo de Anton van den Wyngaerde, 1567 (KAGAN, 1989); centro, tomo VI de la serie *Civitates Orbis Terrarum* (1627); inferior, imagen aérea de Alfred Guesdon (1853-1855).

es la primera vista aérea de la ciudad aportada por Alfred Guesdon entre 1853 y 1855 (Figura 3, inferior), por su gran valor documental y su fiabilidad al estar realizado con soporte fotográfico (GAMIZ, GARCÍA, 2012, 15).

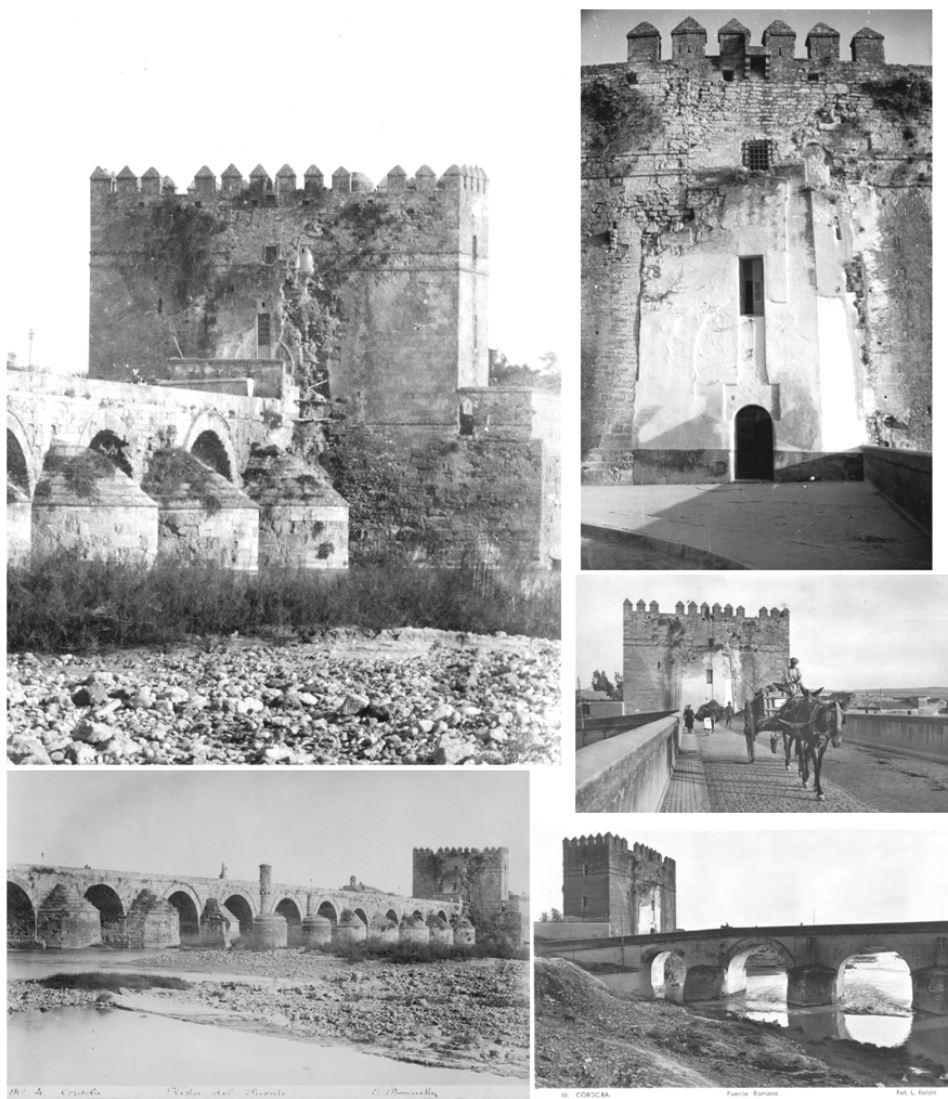


Figura 4.- Selección de fotografías antiguas, que muestran la fachada norte de la Calahorra a principios del siglo XX (Colección AHM Córdoba).

La fachada principal, la situada en el lado norte, por la que se accedía al interior de la fortaleza y en la que se aprecian las huellas de las principales fases y transformaciones experimentadas por el edificio, quedaba oculta en todas estas representaciones. Habrá que esperar a la introducción de la fotografía para encontrar los primeros testimonios gráficos de esta portada, en los que se aprecia el deteriorado estado del arco central y la superficie encalada correspondiente a la parte central del edificio, la situada en los límites del tablero del puente (Figura 4).

A tenor de las limitaciones de la documentación indirecta sobre la fortaleza de la cabecera del puente, parece claro que la principal fuente de información procede del propio edificio, que requiere de una lectura directa de sus componentes.

La primitiva torre califal de acceso al puente.

Como ya hemos indicado, la mayor parte de los autores locales consideraba que la primera construcción existente en la cabecera del puente era de origen árabe y consistía en un acceso flanqueado por dos torres y rematado por un arco de herradura⁶. De hecho, en la fachada norte, por la que se accede al edificio, se aprecian los restos de este arco que estaba parcialmente oculto bajo las capas de encalado que cubrían el cuerpo central de la fortaleza. Durante la actuación acometida a finales de la década de los cincuenta del siglo XX se limpió la fachada de revestimientos y quedó visto

⁶ Teodomiro Ramírez de Arellano en el siglo XIX decía de ella que *“labraronla los árabes y formaba dos torres unidas por un arco; debajo de este tenía la puerta”* (RAMÍREZ DE ARELLANO, 1973, 492). Su hijo Rafael mantuvo la misma idea acerca del origen del edificio: *“es obra árabe en su origen, pero hoy tiene más de cristiana que de árabe. En la época musulmana sólo tenía dos torres de base rectangular, unidas por un arco, entre las cuales bajaba un rastrillo defendido por matacanes”* (RAMÍREZ DE ARELLANO, 1982, 141).

M.A. Orti Belmonte coincide a grandes rasgos con la reconstrucción de la primera fortaleza que aportan las informaciones anteriores, aunque la atribuye a Alfonso XI: *“En el puente cordobés existió al final de la dominación árabe una torre defensiva del tipo que llamaban corachas y después en la época cristiana la llamada Calahorra (...)”*. Al referirse a la reforma acometida por Alfonso XI dice: *“Pudo estar formada entonces la Calahorra por dos torres de planta rectangular unidas por una bóveda formando un túnel que era un paso cubierto semejante a los que hay en muchas ciudades...”* Tras la batalla del Campo de la Verdad, según este autor, *“cierran también el arco de herradura apuntado de entrada, que aún existe, embutido en el muro y envuelto por piedra y argamasa”* (ORTI BELMONTE, 1957, s.p).

el arco central⁷, que actualmente ha sido resaltado tras la última intervención arquitectónica de finales de la década pasada (Figura 5).

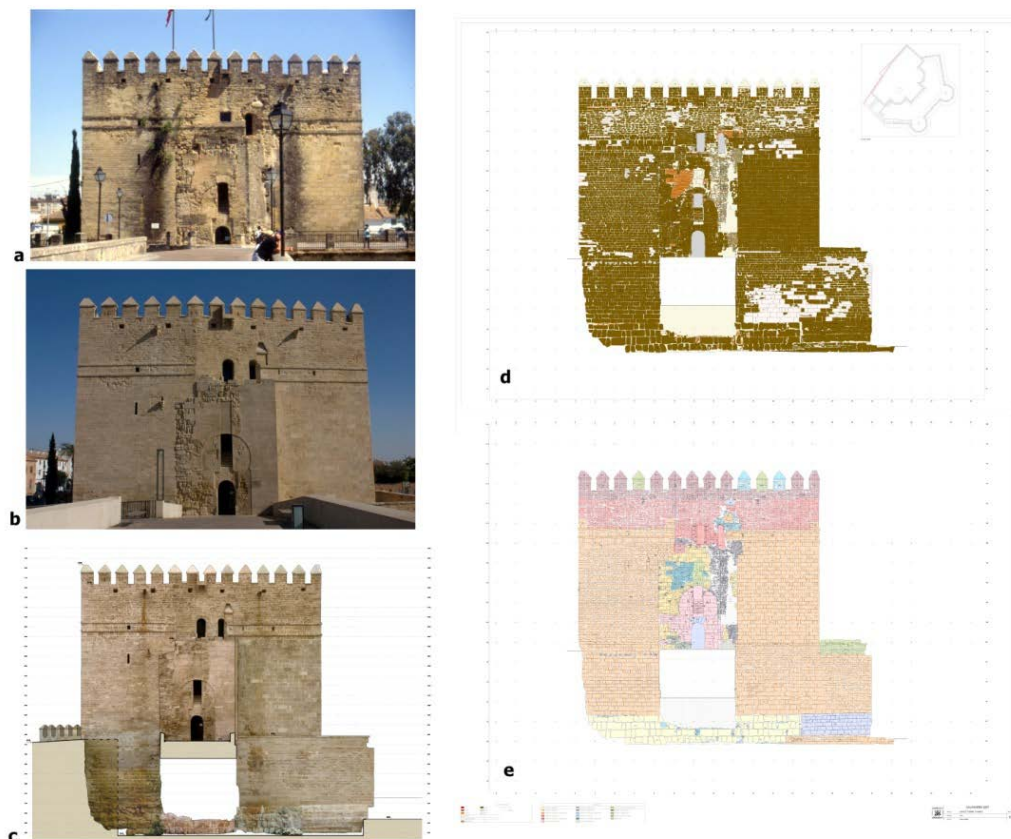


Figura 5.- Fachada principal de acceso a la Calahorra. Frente Norte: a.- estado previo a la intervención; b y c.- fachada tras la restauración; d: alzado de la fachada (© Convenio GMU-UCO); e: lectura estratigráfica de la fachada (© Convenio GMU-UCO; CASTRO, 2009).

⁷ A mediados del siglo XX, el arquitecto municipal, Víctor Escribano, responsable de la intervención en el edificio para su acondicionamiento como Museo de Historia de la Ciudad, se refiere a la primera fase andalusí en estos términos: “*Elevan un solo cuerpo almenado, cabeza de puente, con una bóveda interior apuntada de sillares calizos, de cuatro metros de luz por ocho de larga. Dos puertas de control en sus extremos, la que mira al Campo de la Verdad o Sur tenía foso y también puente levadizo y la frontera a la ciudad, o Norte, con rastrillos (...). Esta zona árabe está exenta, sin trabas de ningún género con los muros laterales que se levantaron posteriormente. Bóveda moruna bajo la que se pasaba con estereotomía sobre piedra caliza, disponiendo sus sillares siguiendo la costumbre árabe*” (ESCRIBANO, 1962, 6).

Esta primera estructura ocupaba la anchura total del tablero del puente, unos 7,97 - 8 m (LEÓN, 2002-2003, 400) y alcanzaba una altura de 10,15 m, desde el nivel de suelo actual hasta el remate de los merlones (CASTRO, 2009, 76). Los muros laterales que enmarcaban en arco central –no alcanzan la entidad de torres– apoyaban directamente sobre las pilas del último arco del puente, de ahí que no pudiera tener un mayor desarrollo lateral, para lo cual se hacía necesario acometer costosas labores de cimentación en zarpa, como sí se hizo durante época bajomedieval (*vid. infra*). El lateral oriental tiene una anchura visible de 2,06 m, mientras que el occidental, peor conservado y cubierto por forros posteriores, muestra unos 2 m. El vano de ingreso tenía una luz de 4 metros (Figura 6). No es posible determinar la longitud exacta de esta estructura, pues no se conserva la fachada meridional, integrada en las reformas posteriores, pero se calcula una profundidad de al menos 10,50 m y una anchura del pasillo interior de unos 4,48 m. El acceso contaría, muy probablemente, con un sistema de dobles puertas, situadas en sendos extremos, que abrirían al interior del pasillo de acceso. Contamos con una valiosa referencia a este tipo de puertas introducidas en las defensas de Córdoba por Abd al-Rahman III en 914:

“Al-Nasir mandó construir en las puertas de la medina de Córdoba puertas interiores correspondiéndose o correspondientes con las exteriores que se encargaban de defender los porteros. Es caso que no se había hecho antes y que fue una excelente innovación” (ANÓNIMO, 1950, 113).

Para acceder a la azotea y albergar a un pequeño cuerpo de guardia, responsable de la protección y defensa de la puerta, debió de contar con uno o dos pequeños accesos abiertos en los muros laterales del pasillo. A estos espacios podrían corresponder los vanos abiertos en sendos costados del corredor interior, en particular, el del flanco occidental (Figura 6c), cerrados con arcos formados por estrechas y largas dovelas de sillería, cuya anchura fue duplicada con la construcción de los añadidos bajomedievales (CASTRO, 2009, 77). En cualquier caso, se trataría de estancias de muy reducidas dimensiones, suficientes para permitir el ascenso al cuerpo superior. Este tipo de habitaciones laterales resultan excepcionales; no obstante, se documentan en alguna puerta monumental de época califal, como la que daba acceso a la fortaleza de Tarifa, datada en 960, gracias a la inscripción fundacional (GURRIARÁN, 2004, 5). En este caso, el acceso a dichas habitaciones se realizaba mediante pequeñas puertas adinteladas (GURRIARÁN, 2018, 176).

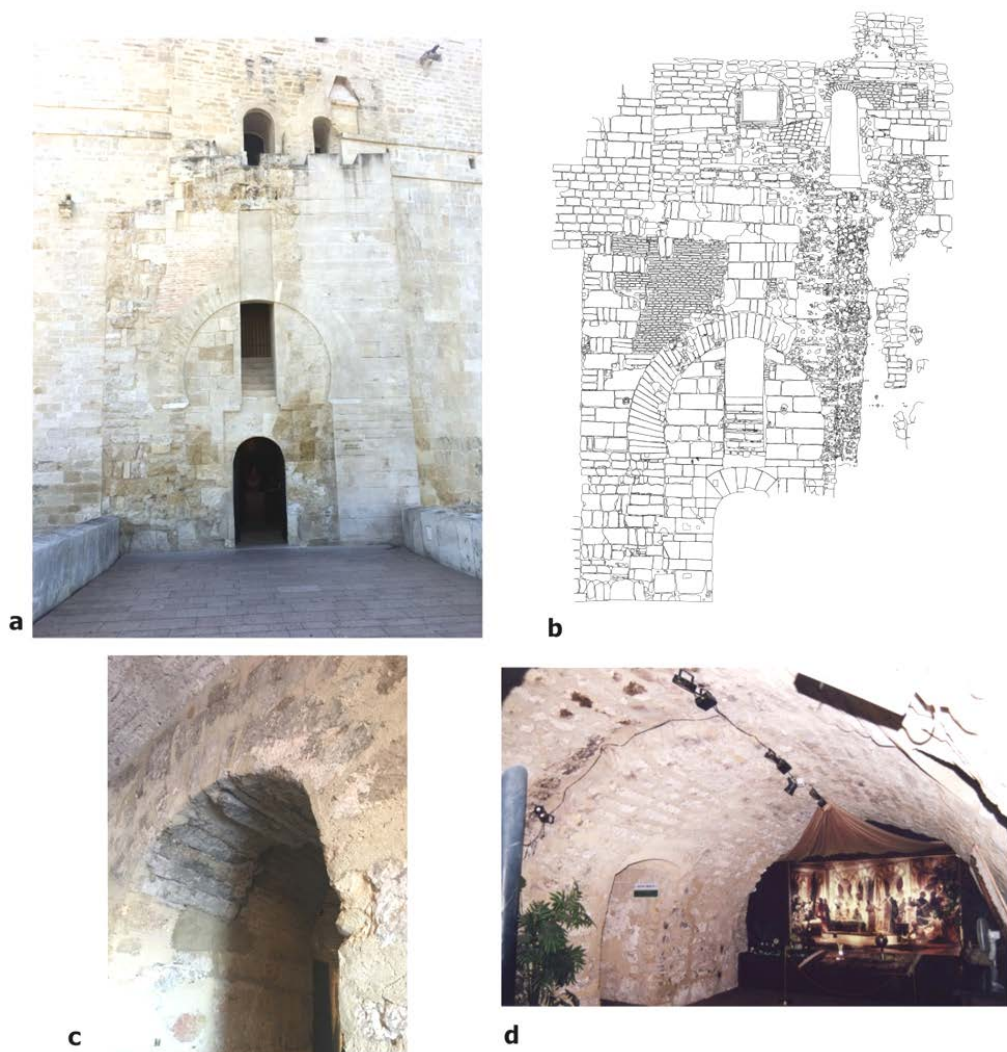


Figura 6.- Estructuras conservadas pertenecientes a la puerta omeya: a.- Arco de la fachada norte; b.- dibujo del alzado del arco antes de la restauración (Copyright Convenio GMU-UCO); c.- detalle de las dovelas de sillería del vano abiertos en el flanco occidental del pasillo de acceso; d.- intradós de la bóveda del arco conservada en el interior del primer piso de la torre.

El corredor interior se cerraba mediante una bóveda de medio cañón, de la que aún se puede apreciar el intradós en el interior de la primera planta, formado por estrechas dovelas de calcarenita, que presenta un ligero

descuadre en la zona próxima a la fachada⁸ (Figura 6d). Durante la intervención arqueológica de 2007 se pudo documentar el trasdós de dicha bóveda en una entreplanta y restos de lo que parecía ser parte del primitivo nivel de pavimento de la terraza de la puerta islámica (CASTRO, 2009, 12).

El elemento más destacado de esta estructura omeya es el arco de herradura visible en la fachada septentrional. Las continuas reparaciones, cegamientos y parcheados de ladrillo a los que ha sido sometida esta portada han alterado sustancialmente su fisonomía y la curva del propio arco. No obstante, quedan aún suficientes elementos como para proponer una reconstrucción de su aspecto original.

Se trata de un amplio arco de herradura no enjarjado y trasdosado, formado por estrechas y largas dovelas de calcarenita (de entre 15 y 20 cm de anchura) que arrancan desde la imposta de mármol conservada en la jamba oriental⁹, y que convergen hacia el centro de la línea de imposta, ajustándose, de este modo, al canon definido por Camps Cazorla, según el cual, *“el despiezo armónico de todo el dovelaje del arco al punto medio de la línea de impostas es otro de los caracteres esenciales del arco califal de herradura”* (CAMPS CAZORLA, 1953, 33). Por lo que respecta a la modulación del arco, el intradós tiene una flecha de 2,79 m, de los cuales 2,03 m corresponden al radio. De este modo, su diámetro coincide aproximadamente con la luz del vano de acceso bajo el arco, en torno a los 4 m y la flecha se acerca a los 2/3 del diámetro. La distancia de la línea de confluencia de las dovelas con respecto al centro del arco muestra un peralte de 0,76 m; esto es, algo inferior a 1/3 del radio, acorde con las proporciones de los arcos de herradura califales (LEÓN, 2002-2003, 407).

Sin embargo, este arco presenta un rasgo muy peculiar que lo aleja de los modelos más representativos de la arquitectura oficial omeya: la curva del trasdós no cuenta con la rosca descentrada, como es característico en este tipo de portadas califales. De hecho, su anchura, coincidente con la longitud de las dovelas, se reduce desde la base, junto a la línea de impostas (90- 95 cm

⁸ En este punto, en la zona más próxima a la fachada norte, parece haberse producido un descuadre de la bóveda, pues hay dos planos diferentes en las dovelas, quedando la bóveda a mayor altura. No sabemos si se trata de un rebaje de las dovelas o si es debido a un desplazamiento de la estructura.

⁹ Esta forma de establecer el despiezo de las dovelas desde la línea de las impostas es uno de los tres procedimientos establecidos por Camps Cazorla para la construcción de arcos de herradura califales (CAMPS CAZORLA, 1953, 19). La imposta conservada es una pieza de perfil biselado -de unos 65 cm de largo x 14 cm de altura-, que apoya sobre una jamba de sillares dispuestos con el típico aparejo omeya a soga y tizón.

de longitud), hacia la clave (66 cm)¹⁰. Un ejemplo similar se encuentra en la puerta interior del acceso monumental al castillo de Gormaz (Soria). Aunque el dovelaje del arco interior fue reconstruido en 1935, parece que dicha intervención fue correcta y responde bastante bien al aspecto original. Se trata de un arco enjarjado con dovelas convergentes al punto central de la línea de impostas, en el que la flecha del arco es de 2/3 del diámetro y “*no se enfatiza el trasdós*” (ALMAGRO, 2008, 68). Frente al arco monumental exterior, con un trasdós muy descentrado con respecto a la rosca interior, la apariencia de esta puerta interior es menos esbelta, con el trasdós concéntrico o mucho menos peraltado, pero igualmente acorde con los procedimientos constructivos de los arcos califales (ALMAGRO, 2008, 68-69). Tampoco se conservan evidencias de haber contado con alfiz ni arquivolta como elementos decorativos habituales en este tipo de portadas. En caso de haber tenido algún recurso ornamental, este pudo estar formado por placas de piedra o de yeso que se han perdido; como los que conservan algunos de los arcos de herradura que abren al patio de la mezquita aljama como resultado del esfuerzo de la fachada acometido por Abd al-Rahman III.

Una posible explicación para estas particularidades no canónicas del arco es su situación en la cara interna de la portada, la orientada a la ciudad y no a la fachada exterior. Por otro lado, la reciente intervención arqueológica ha permitido documentar cómo el edificio estaba originalmente enlucido en blanco, mediante una capa de mortero de cal y arena, del que se han detectado algunos restos al interior del puente levadizo (CASTRO, 2009, 17). Por tanto, no es de extrañar que el despiece del dovelaje hubiese estado cubierto con una capa de enlucido, como es habitual en las construcciones omeyas cordobesas, en la que pudo haberse dibujado un dovelaje fingido.

El cuerpo central de la puerta se remataba con una terraza o adarve almenado, del que se han podido documentar los dos merlones centrales del total de seis con los que pudo contar el frente septentrional (Figura 7). Se trata de piezas cuadrangulares realizadas en mampostería, con unas dimensiones de unos 0,83 m de anchura en la fachada x 0,58-0,60 m de

¹⁰ Ni la clave ni las dovelas adyacentes son originales, pues fueron restituidas en la intervención arquitectónica de mediados del siglo XX, dirigida por Víctor Escribano. El arco central del puente califal de los Nogales, asociado a la construcción de Madinat al-Zahra, también presenta las rocas interior y exterior concéntricas, e incluso presenta un ligero descentramiento a la altura del salmer, donde las dovelas son algo más largas (LEÓN, ZAMORANO, 2010, 216).

profundidad y una altura conservada de 0,35 m, probablemente terminados con una albardilla inclinada hecha en mortero (CASTRO, 2009, 77). La documentación de esta merlatura es excepcional, pues se conservan muy pocos de estos elementos originales de la arquitectura defensiva omeya andalusí. Los ejemplos más relevantes son, de nuevo, la portada del castillo califal de Gormaz, para cuyo remate almenado, no obstante, se ha planteado la duda de que pudiera corresponder a una reforma posterior, pues está realizado, como en la Calahorra cordobesa, con un aparejo de mampostería más pequeño que el resto de la fábrica de sillería (ALMAGRO, 2008, 65). Igualmente, en el lienzo de muralla adyacente a la Puerta Sur de la ciudad omeya de Vascos (Toledo) se conservan tres merlones realizados con pequeños bloques de granito (IZQUIERDO, 2005, 36).



Figura 7.- Detalle de la merlatura que remataba la azotea de la puerta omeya: a.- vista general de los merlones conservados y restituidos; b.- detalle de los merlones, con restos de revestimiento blanco; c.- Puerta principal de la fortaleza de Gormaz; d.- Puerta Sur de la muralla de la ciudad toledana de Vascos.

Además de las características del arco, uno de los argumentos fundamentales para proponer una cronología califal para esta puerta monumental es el tipo de aparejo con el que se levantó la estructura (LEÓN, 2002-2003, 410-412).

Aunque muy alterado con reparaciones de piedra y ladrillo posteriores, aún se aprecian algunas partes originales de la fachada en las que se distingue perfectamente la fábrica de sillería, con el típico aparejo de las grandes construcciones oficiales del califato omeya (AZUAR, 1995, 131), en el que los bloques se disponen alternando de forma regular una soga por dos o tres tizones (Figura 8). En este caso se la da particularidad de que algunas de las hiladas, en especial en la esquina oriental, están formadas por dos o tres piezas dispuestas a tabla (o media asta), aunque bien pudieran corresponder a reparaciones sucesivas. En estos puntos, allí donde se ha podido ver el núcleo de la fábrica gracias a la intervención arqueológica, se aprecia que algunas sogas en realidad no son bloques completos, sino tan sólo placas de revestimiento de muy escaso grosor (entre 5 y 8 cm) (CASTRO, 2009, 79). En algunas de las piezas se puede observar el ligero rebaje en las juntas, a modo de almohadillado, como en los sillares situados junto al salmer oriental del arco. Esta solución no resulta en absoluto excepcional en las construcciones omeyas cordobesas, según apuntan los indicios cronológicos, correspondientes a un momento avanzado del siglo X¹¹. Ejemplos de este tipo de sillería se pueden localizar en el lienzo de muralla conservado en la calle Qairuán o en los paramentos de la mezquita conocida como de Santa Clara. En el caso de la mezquita, datada a finales del siglo X (HERNÁNDEZ, 1975, 205-212), el módulo de las piezas de sillería oscila entre 96-104 cm de longitud x 36-40 de altura x 20 cm de grosor; dimensiones y disposición que coinciden con la última ampliación de la mezquita de Córdoba. En la Calahorra las dimensiones de los bloques se van reduciendo desde la base hasta el coronamiento, con un estrechamiento de los tizones. En las hiladas inferiores las sogas tienen 1,07 x 0,40 m y los tizones 0,40-0,42 x 0,18-0,22 m de grosor; junto al arco los sillares a soga tienen entre 0,80-1,12 m x 0,34-0,44 m y los tizones, dispuestos en secuencias de dos o tres, tienen 0,33-0,44 x 0,12-0,20 m. La estilización de las dimensiones de los sillares se ha vinculado con momentos más tardíos de época califal, coincidente con el gobierno del *hayib* Almanzor (PAVÓN, 1994, 302). Junto a estos ejemplos, se han propuesto otros paralelos para los aparejos de la Calahorra, entre ellos la propia fachada de la ampliación oriental de la mezquita aljama cordobesa, todos ellos de una cronología similar (LEÓN, 2002-2003, 414).

¹¹ De esta opinión era Torres Balbás, quien llegó a la conclusión “*de que el almohadillado en el aparejo de muros debió de emplearse en la arquitectura musulmana hacia época de Almanzor*” (TORRES BALBÁS, 1941b, 438).



Figura 8.- Detalles del aparejo a soga y tizón, con huellas de sillares almohadillados, correspondientes a la fábrica de la puerta omeya.

Los argumentos expuestos hasta el momento remiten a una cronología de finales del siglo X para la primera puerta que defendía la cabecera del puente de Córdoba. A estos datos hay que añadir las analogías tipológicas con otros puentes fortificados que fueron erigidos o remodelados en época de Almanzor o a principios del siglo XI. Entre estos ejemplos cabría

mencionar el Puente de Alcántara en Toledo, el puente califal de Guadalajara, el Puente de Pinos en Granada o, especialmente, el Puente sobre el Genil en Écija (Figura 9). De ellos se conservan argumentos indirectos, como son los dibujos que representan estas estructuras antes de su destrucción o sustitución por arcos más amplios que facilitasen el acceso y el tránsito por dichos puentes (LEÓN, 2002-2003, 416-417).

En esta ocasión vamos a destacar únicamente dos de estos paralelos. En el caso de Toledo, aunque no se conserva la torre original situada en la orilla opuesta a la ciudad, es visible en un dibujo de Wyngaerde, datado en 1563 (KAGAN, 1989, 132), antes de que fuese sustituido por un arco más sencillo en época de Felipe V. Además, se conserva una inscripción (de 1259) en la que se traduce al castellano antiguo parte del texto de un epígrafe oficial omeya en el que se menciona la construcción o reconstrucción del puente llevada a cabo en el año 997-998 por orden de al-Mansur (RODRÍGUEZ, SOUTO, 2000).

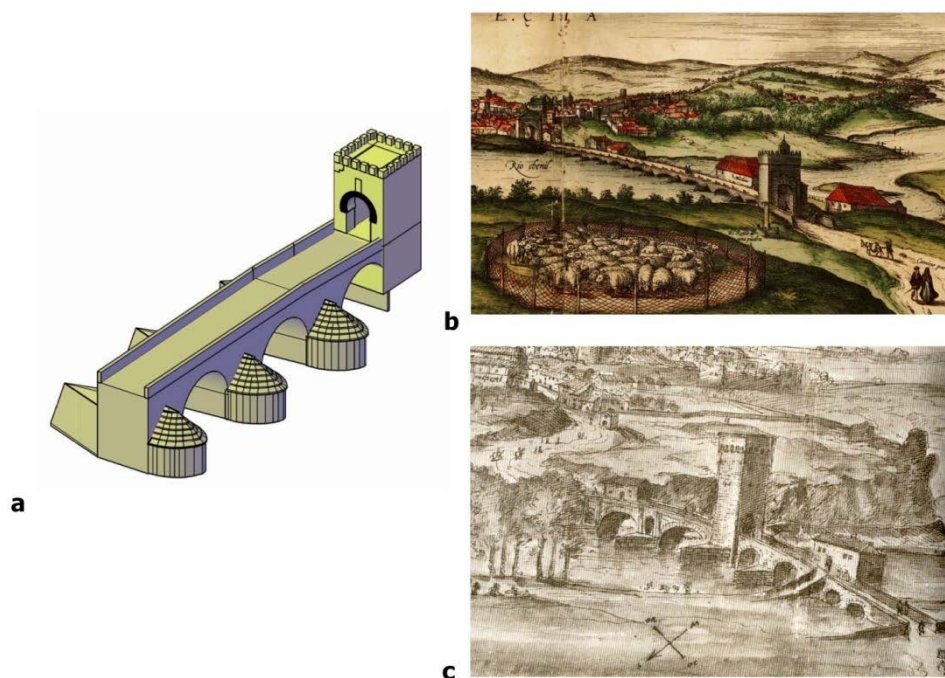


Figura 9.- a.- Restitución hipotética de la puerta islámica en la cabecera del puente de Córdoba (© Convenio GMU-UCO; PIZARRO, CASTRO, 2011); b.- Torre de las Guardas en el Puente sobre el río Genil en Écija, dibujo de Georgius Hoefnagle (1567), *Civitates Orbis Terrarum*; c.- Puente omeya de Guadalajara, dibujado por Wyngaerde (KAGAN, 1989).

En el caso del puente sobre el río Genil de Écija, contamos igualmente con dos valiosos testimonios indirectos. Por un lado, la noticia aportada por Ibn 'Idari, según la cual, Almanzor “*construyó también un puente sobre el río Istiyya, río que es el Shamil*” (Ibn 'Idārī, Bayyan II, tomado de ARJONA, 1982: 195, doc. n° 256). Probablemente se trató de la reconstrucción del puente que fue destruido por Abd al-Rahman III en 914 como consecuencia de la revuelta de la ciudad frente al gobierno omeya. Por otro lado, disponemos de varios documentos gráficos excepcionales, como son las representaciones pictóricas de Écija desde el siglo XVI en adelante, en las que se aprecia con bastante nitidez la torre que flanqueaba el ingreso al puente en la orilla opuesta a la ciudad. El más valioso de ellos, por su antigüedad y nivel de detalle¹², es el realizado por Georgius Hoefnagle en 1567, incluido en el libro *Civitates Orbis Terrarum*, publicado en Colonia, en 1572 (GÁMIZ, 2011; MARTÍN CARRASCO, 2007). En este dibujo destaca la torre, conocida como “torre de las Guardas”, cuya silueta responde a las características descritas para la primitiva Calahorra cordobesa. Además de esta representación, copiada en varias obras posteriores (1612, 1706, etc.), la torre aparece reflejada en otras ilustraciones fiables, como la vista de la ciudad por Piero Maria Baldi (1668) (MARTÍN CARRASCO, 2007). En todas ellas aparece con distinto nivel de detalle la torre en la cabecera del puente, para la que se ha propuesto, como venimos sosteniendo, su identificación con la reedificación del puente realizada por Almanzor (HERNÁNDEZ, SANCHO, COLLANTES, 1951, 214).

En definitiva, aunque se han planteado algunas dudas acerca de la datación de finales del califato propuesta en su momento¹³, creemos que los argumentos expuestos refuerzan esta asignación cronológica inicial. Sobre todo, a partir de la fundamental aportación de M^a J. Viguera, que ya reproducimos antes, según la cual, a principios del siglo XI se menciona de forma explícita la existencia de una torre (*al-Bury*) situada “*en la cabeza del*

¹² Resulta curioso que esta torre no aparece representada en un dibujo coetáneo realizado por Wyngarde, en 1567, habitualmente caracterizado por la precisión en los elementos dibujados. Esta ausencia se debe probablemente al hecho de que se trata de un dibujo inacabado (GAMIZ, 2011, 51).

¹³ “... las particularidades que presenta su aparejo, y la imposibilidad de encontrar paralelos similares en este momento cronológico u otro, nos hacen dejar una ventana abierta a nuevas teorías, aún más si tenemos en cuenta el hecho de que hasta hoy día no haya referencias textuales a la construcción del edificio, lo que es bastante extraño si tenemos en cuenta su posición estratégica y dicha adscripción amirf” (CASTRO, 2009, 79).

Puente” (VIGUERA MOLINS, 2014, 46-47). Este nuevo dato confirma de forma contundente la existencia de esta torre a finales del siglo X (VIGUERA, 2015, 17), reproduciendo un modelo arquitectónico que se generaliza en las obras promovidas por Almanzor (LEÓN, 2002-2003).

El Recinto del entorno la Calahorra en época Almohade

La atención sobre el puente y su defensa se reactiva en los momentos de cierta inestabilidad militar, como sucedió durante la segunda mitad del siglo XII, bajo el dominio almohade de al-Andalus. La importancia y el destacado papel del río y del puente en la revitalización de Córdoba como enclave estratégico en la defensa del Valle del Guadalquivir quedan de manifiesto con la construcción de un recinto amurallado en la orilla sur del río, que rodea a la torre omeya de la Calahorra existente desde época amirí.

Este recinto había pasado prácticamente inédito en la historiografía cordobesa, pues quedó enmascarado por construcciones adosadas a sus muros, que los utilizaban como medianera, como la Posada del Espíritu Santo, representada en el citado dibujo de Anton van der Wyngaerde de 1567. Tan sólo es mencionado por Rafael Castejón como consecuencia de las obras de infraestructura para la construcción de la Avda. de la Confederación en la década de 1960, quien la considera como obra de época de Almanzor, de finales del siglo X:

“Otro pequeño recinto amurallado, que más bien parece de una gran alcazaba, es el situado al otro lado del río, en la barriada llamada Secunda en tiempos romanos y árabes y desde el siglo XIV Campo de la Verdad. Era de suponer la existencia de murallas en este sector, porque diversos cronistas musulmanes le dan el calificativo de Medina Secunda, y sabido es que al menos para los occidentales, el término “medina” implica siempre ciudad amurallada. Desde luego no creemos que se pudiera referir a este recinto El Edrisi cuando menciona los cinco recintos de Córdoba, porque dice que estaban contiguos, y éste tiene al río por medio. Nosotros y otros investigadores habíamos buscado vanamente vestigios de murallas en esta barriada, hasta que hace muy pocos años nos ha sido mostrado un torreón desmochado, cerca del río y de la Calahorra, del que parte un largo trozo de muralla recto hacia el sur, estando ambos semiocultos por las edificaciones adosadas. Precisamente, el mismo día que escribimos estas líneas, dando un paseo por el nuevo murallón o malecón que va desde la Calahorra hasta el

Puente Nuevo por la margen izquierda del Guadalquivir, y desde cuya alta rasante se dominan las bajas edificaciones a que nos referimos, y por ende queda muy a la vista la línea de muralla, creemos haber conseguido la salvación arqueológica del torreón de esquina, que estaba condenado a ser rebajado y enterrado por alcanzarle el ancho de 22 metros que ha de tener la avenida del malecón (...) será ligeramente modificada la citada anchura, para que el torreón quede a salvo, aunque será enterrado cerca de tres metros de su altura actual (...). La filiación cronológica de este recinto amurallado de Secunda parece que pueda datarse en tiempos califales, puesto que contemporáneamente se habla de Medina Secunda...” (CASTEJÓN, 1963, 381).

Esta adscripción cronológica repite la misma idea apuntada varias décadas antes por el mismo autor:

“Aunque Dozy señala que Secunda estaba rodeada de murallas, y algunos autores la denominan por ello Medina Secunda, no se ha hallado vestigio alguno de ellas, salvo un torreón cuadrado y macizo de tapial, que a lo sumo podría referirse a época almanzoreña, y que subsiste donde estuvo la posada del Espíritu Santo” (CASTEJÓN, 1929, 288-289).

Varios tramos de este recinto amurallado pudieron ser documentados durante las dos intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en el año 2001 por parte del equipo de investigación integrado en el Convenio de Colaboración entre la Gerencia Municipal de Urbanismo y el Área de Arqueología de la Universidad de Córdoba (LEÓN *et alii*, 2004, CASAL *et alii*, 2004). Las evidencias arqueológicas aportadas por estas excavaciones permiten aquilatar incontestablemente su cronología en época almohade y relacionar su construcción con algunas referencias textuales aportadas por cronistas coevos. Fruto de dichas intervenciones ha sido posible la reconstrucción de su trazado, al menos, en los flancos sur, este y norte; mientras que se desconoce cómo sería el cierre oeste del recinto, al encontrarse muy condicionado y alterado por el cauce del río. A partir de los tramos documentados la fortificación define una planta de tendencia rectangular, con orientación NE-SO, de unos 109 m en sentido N-S por unos 83 m en sentido E-O, que abarca una superficie interior de 9000 m². Los lienzos, de unos 1,60 m de anchura, están realizados íntegramente mediante encofrado de tapial (la *tabiyya* islámica) desde la base de la cimentación, con una técnica caracterizada por una capa de limpieza o regularización de la base sobre la cual se levantan los cajones del encofrado (Figura 10).



Figura 10.- Las fortificaciones almohades en el entorno del río. Planta y detalles del recinto amurallado que rodeaba la torre de la Calahorra en época almohade.

El único tramo completo, delimitado por dos torres, es la mitad oriental del lienzo meridional, con una longitud de 41,75 m en sentido E-O. La altura máxima conservada de este sector de la muralla alcanza los 6,75 m, mientras que en otras partes la altura se sitúa en los 4,67 m. Desconocemos totalmente el trazado de la mitad oeste del recinto, es decir, los tramos en los que se cerraría el conjunto en conexión con la torre primigenia emplazada en la cabecera del puente. Atendiendo a la orientación y localización de los restos documentados en el sector septentrional, es muy probable que cerrase en ángulo recto, quedando la esquina flanqueada por una torre.

Se conservan dos torres de flanqueo, en la esquina sureste y la que flanquearía el punto intermedio del lienzo meridional, respectivamente. Se trata de torres rectangulares macizas, al menos hasta el nivel del adarve, con unas dimensiones de unos 5,10 m de frente x 2,40 m de saliente, realizadas en tapial, con refuerzos de sillarejos y mampuestos en la cimentación en zarpa de las esquinas (LEÓN *et alii*, 2004). Lógicamente debió de contar con sendas torres en cada uno de los ángulos de la cerca, además de una torre localizada en el centro de los lienzos, ya que no sería admisible, para una eficaz funcionalidad defensiva, mantener un frente de más de 100 m sin un elemento de flanqueo intermedio. Una cuestión por el momento sin resolver es el emplazamiento, número y características de las puertas de ingreso, sobre las que sólo es posible realizar elucubraciones. Las analogías con el recinto amurallado situado al oeste del alcázar omeya, conocido como Castillo de la Judería, con idénticas características arquitectónicas, hace suponer la existencia de algún acceso en recodo como el conservado e integrado en época bajomedieval en la conocida como “Torre de Belén” (LEÓN, 2013, 346).

Por lo que respecta a la fecha de construcción de este recinto, gracias a los resultados aportados por la excavación, podemos apuntar con bastante precisión su adscripción a época almohade. Contamos con dos contextos cerrados de los que se ha recuperado material cerámico que permiten aquilatar el momento de construcción de estas estructuras. En primer lugar, aportando un término *post quem*, de las zanjas de cimentación de lienzos y torres de la muralla procede un conjunto escaso pero muy valioso, del que destacan varios fragmentos de tinajas estampilladas, bacines decorados con la técnica de cuerda seca parcial y total, piezas con decoración de verde y manganeso, engobadas y pintadas, un fragmento de revestimiento parietal y un mortero o braserillo de piedra caliza decorado con incisiones, etc., cuya cronología nos remite a época almohade inicial (*cf.* LEÓN *et alii*, 2004). El segundo conjunto, mucho más abundante, procede de un basurero compuesto por un

potente nivel de cenizas que se entrega al paramento interno del lienzo septentrional de este recinto, por lo que aporta un término *ante quem*. Los materiales de este depósito reproducen modelos formales y decorativos muy homogéneos y de adscripción claramente tardoalmohades, caracterizados por la variedad de técnicas decorativas, como los vidriados melados y verdes, algunos verdes y manganeso, decoración impresa y excisa y un par de fragmentos con la técnica del esgrafiado, que en Córdoba es propia de finales del siglo XII o inicios del XIII (*cf.* SALINAS, MARTÍN, LEÓN, 2009, 1037 y 1040).

La construcción de este recinto en la orilla sur del Guadalquivir, destinado a defender el acceso al puente, forma parte de un ambicioso proyecto acometido en Córdoba por las autoridades almohades, para reforzar el carácter defensivo de este estratégico enclave (Figura 10). A este mismo programa arquitectónico habría que añadir la intensa transformación del antiguo complejo palatino omeya, situado en el ángulo suroccidental de la medina, que implica la ampliación del conjunto fortificado añadiendo una alcazaba compuesta por varios recintos, y con una función eminentemente militar. Como ya hemos comentado, uno de esos espacios es el conocido como Castillo Viejo de la Judería, con el que presenta evidentes analogías tipológicas (LEÓN, LEÓN, MURILLO, 2008; LEÓN, 2013). Además de estas afinidades formales, cabe la posibilidad de relacionar ambos recintos amurallados a partir de algunas referencias textuales. En este sentido, resulta de gran interés la noticia aportada por *Ibn Šāḥib al-Salā*, acerca de la expedición militar organizada por el califa almohade *Abu Ya'qub Yūsuf* (Yūsuf I) contra los cristianos de Toledo en el año 1171. En dichos preparativos, antes de regresar desde Córdoba a Sevilla en el mes de septiembre de aquel año, dejó en la ciudad “*una guarnición instalada en su interior y en su exterior, a las dos orillas del Guadalquivir*” (HUICI, 1956, 250).

“Luego marchó a Córdoba el 23 de Šawwāl [29 de junio], a donde llegó el primero de Dū-l-qa'da [5 julio], y desde ella envió sus tropas contra Toledo al mandó de Abū Muḥammad 'Abd Allāh b. Abī Ḥaḥṣ b. Tafrayīn y de otros jeques almohades. Pasó el Tajo, razió sus valles y sus alrededores, y se volvió a Córdoba a salvo y con botín. Se establecieron los soldados en Córdoba, en su interior y en su exterior, a las dos orillas del río, todo el tiempo que se detuvo en ella el Amīr al-Mu minīn, hijo del Amīr al-Mu minīn, hasta finales de Dū-l-ḥiḡya del 566 [acaba el 3 septiembre 1171], en que marchó a Sevilla y no tomó en Sevilla de sus

casas, sino unas sesenta para los jeques almohades especialmente, y compró en ella cien casas de su dinero para los que acudieron a él (...)" (*Al-Mann bil-Imāma*, trad. Huici Miranda, 1969, 184).

A tenor de la información disponible, cabría proponer la identificación del recinto amurallado que hemos descrito, construido en la margen izquierda del río, en el Campo de la Verdad, como el destinado a acoger la guarnición almohade fuera de la ciudad, mientras que el dispuesto en la orilla norte, en el ángulo suroccidental de la medina, bien pudo ser el conocido hoy como Castillo de la Judería (LEÓN, 2013, 349). El establecimiento de abundantes tropas almohades en la ciudad debió resultar algo habitual¹⁴, destinadas a funcionar como plataforma o punta de lanza desde la que lanzar ofensivas o hacer frente a las razias y avances cristianos. Para ello, en un momento que podemos situar, *grosso modo*, en torno al último cuarto del siglo XII debió acometerse este proyecto de refortificación de la ciudad de Córdoba con la construcción de estos nuevos espacios amurallados.

Este contexto coincide con la etapa de mayor riesgo e inestabilidad militar, ya que la conquista castellana de Calatrava la Vieja –en 1147– deja abierto el camino para la penetración en las periódicas cabalgadas hacia el Valle del Guadalquivir. Por otra parte, la situación interna de al-Andalus ratifica la posibilidad de retrasar el inicio de este amplio proyecto de fortificación a los primeros años de la década de 1170, una vez sofocadas las rebeliones levantinas encabezadas por *Ibn Mardanis*.

Se aúnan, por tanto, las necesidades defensivas con las circunstancias políticas para afrontar ahora una empresa tan costosa. Este proceso de refuerzo de las defensas urbanas no fue en absoluto exclusivo de la capital cordobesa, pues la mayoría de las ciudades del Valle del Guadalquivir se vieron favorecidas por programas urbanísticos similares. Parece producirse una generalización de los refuerzos defensivos en torno a la capital almohade de al-Andalus con un mayor interés en los puntos de especial valor estratégico por su proximidad al Guadalquivir y la existencia en ellos de puentes que permiten vadear el río. Estos son los casos de Andújar, Córdoba, o Écija (en este caso sobre el río Genil). Otros puntos que rodean la capital son Alcalá de Guadaíra, Marchena, Palma del Río, etc...

¹⁴ La primera noticia de la instalación de un fuerte ejército “*de almohades y de árabes (...)* para que esté en Córdoba”, a cargo de *Abū Ishaq Ibrāhīm*, hermano de Yūsuf I, como gobernador de la ciudad, es aportada por Ibn Ṣāḥib al-Salā en 1168 (*Al-Mann bil-Imāma*, IBN ṢĀHĪB AL-SALĀ, trad. Huici Miranda, 1969, 130).

Pero, sin lugar a dudas, donde se concentraron los mayores esfuerzos arquitectónicos fue en la propia capital almohade de al-Andalus. En Sevilla encontramos el ejemplo más próximo a la fortificación almohade de la cabecera del puente. Aunque de una cronología algo más tardía, pues se data a principios del siglo XIII (HUNT, 2001, 817), el castillo de Triana o de San Jorge presenta unas características muy similares a las del recinto que estamos analizando. Esta fortificación hispalense estaba dispuesta en la orilla occidental del Guadalquivir, junto al puente de barcas que fue erigido por el califa almohade *Yusuf* I en 1169. Presenta una planta rectangular, realizada con encofrado de tapial (*tabiyya*) típico de las construcciones militares almohades. A tenor de la cronología de ambos conjuntos defensivos, es plausible pensar que el recinto amurallado cordobés del entorno de la Calahorra debió de servir de modelo para la fortificación sevillana, aunque a diferencia del caso cordobés, que bloqueaba el paso y obligaba a atravesar el recinto –y la propia torre califal antes descrita– para acceder al puente, el castillo sevillano lo flanqueaba, sin cerrarlo (Figura 11).

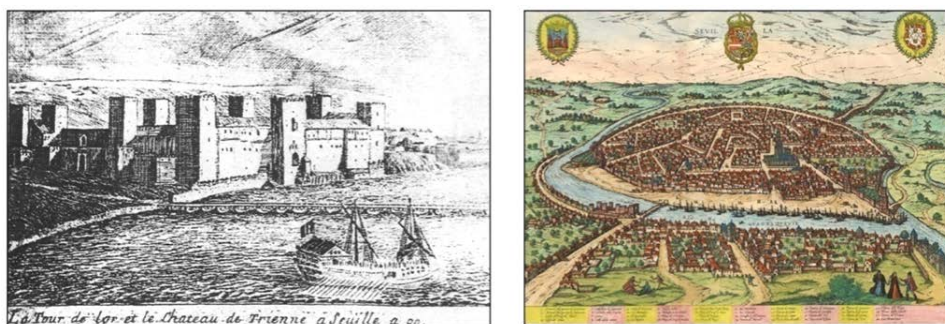


Figura 11.- Representaciones antiguas del castillo de San Jorge o de Triana junto al puente de barcas de Sevilla.

Con el progresivo avance cristiano tras la batalla de las Navas de Tolosa el papel estratégico y militar de Córdoba y de su puente se mantuvo durante las primeras décadas del siglo XIII, hasta la definitiva conquista castellana en 1236. Y es a este recinto (“*castrum quod erat in ipso ponte*”) al que se refiere el obispo Lucas de Tuy al narrar la conquista de la ciudad por Fernando III (*vid. supra*).

La transformación de la puerta omeya en un castillo bajomedieval cristiano

Después de la conquista castellana, las referencias a la ocupación de la margen izquierda del río mencionan el “arrabal de Santa María”, ubicado junto a la Calahorra, conocido también con el nombre de Los Corrales. Allí se desarrollaban actividades ganaderas, comerciales e industriales, pues en él se instalaron puntos de venta de carne, lana y productos agrícolas, así como varios hornos de ladrillo y teja que abastecían de material constructivo a la ciudad (CÓRDOBA DE LA LLAVE, 1999, 233).

Tras la conquista el rey cedió algunos terrenos en el Campo de la Verdad, para la instalación de una congregación religiosa de monjes agustinos que ya existía en 1277 (RAMÍREZ Y DE LAS CASAS-DEZA, 1976, 189). Probablemente esta comunidad aprovechase los muros del recinto almohade para protegerse y edificar sus estancias; aunque ya a principios del siglo XIV se desplazan al abrigo del alcázar ante el clima de inestabilidad provocado por las continuas correrías de tropas musulmanas que merodean estas tierras (ESCOBAR CAMACHO, 1989, 119). Esta recurrente reutilización de las estructuras, perdida ya su función militar, como carnicería (en el siglo XVI y XVII) o como la “casa posada del puente” o “del Espíritu Santo” (en el siglo XIX), ha permitido la conservación parcial del recinto. Si bien el perímetro amurallado almohade fue progresivamente desarticulado, la protección del acceso al puente siguió recibiendo una atención constante por parte de las autoridades locales, ya fuera para el cobro del pontazgo o para garantizar la seguridad de la ciudad en momentos de conflictividad militar.

El episodio bélico más conocido y que afectó directamente al edificio situado en la cabecera del puente fue la denominada “batalla del Campo de la Verdad”, en 1368. Sin entrar en los detalles del evento que finalizó con la retirada de las tropas sitiadoras compuestas por una alianza castellano-nazarí (*vid. supra*), hay dos circunstancias que pudieron condicionar la evolución del edificio a partir de ese momento. Por un lado, se puso claramente de manifiesto la necesidad de mantener y reforzar las defensas del acceso al puente; y, por otro, la más que probable destrucción de algunos ojos del viaducto durante la contienda (CASTEJÓN, 1927, 552) obligó a la realización de drásticas remodelaciones en su estructura.

Estas obras consistieron en el cegamiento del arco de la puerta omeya primitiva embutida en dos nuevas torres que convirtieron el edificio en un

recinto exento y aislado (LEÓN, 2002-2003, 403; LEÓN, 2003, 213) (Figura 12). Estas dos torres laterales presentan evidentes diferencias constructivas, tanto en los sistemas de cimentación, el tipo de aparejo y en la disposición y cantidad de elementos defensivos y propagandísticos. Pese a estos evidentes contrastes, la información estratigráfica aportada por la intervención arqueológica ha permitido confirmar que ambas son coetáneas y forman parte del mismo proyecto arquitectónico (CASTRO, 2009, 18). La interpretación que se ha dado a la secuencia constructiva es la siguiente: primero se construyó la torre oriental que quedó inconclusa en su parte superior; y se completó cuando se levantó la torre occidental; todo lo cual debió producirse en un breve lapso de tiempo (PIZARRO, CASTRO, 2011, 285). La clave para la reconstrucción de esta secuencia se encuentra en los aparejos con los que están realizadas ambas torres. La oriental, cimentada sobre una potente zarpa de sillería a sogá y tizón hasta la cota del tablero del puente (Figura 12b), se levanta con sillarejos estrechos hasta prácticamente la cota de las fajas paralelas de sillería que marcan aproximadamente la línea del adarve (Figura 12c). El remate de esta torre, en particular en su frente sur, se realiza con sillería dispuesta regularmente a sogá y tizón; es decir, el mismo tipo de aparejo que presenta en todo su alzado la torre occidental, en el que los sillares presentan una estereotomía y una alternancia muy regular de dos tizones por sogá (Figura 12d). Esta última, sin embargo, tiene un sistema de cimentación diferente, sin una zarpa tan marcada y sólo en las hiladas inferiores, realizada en sillería sin una disposición tan regular como el alzado. Además, esta mitad occidental tiene una orientación divergente con respecto a la puerta omeya preexistente, lo que le confiere en parte el peculiar aspecto del edificio con una planta irregular. Probablemente la causa de este diseño responda a la necesidad de reducir la incidencia de la acción erosiva del agua sobre la estructura, a modo de contratajamar o espolón del puente (*cf.* CASTRO, 2009, 85). Estas evidentes diferencias formales no parecen responder, pues, a distintas fases constructivas, sino a la existencia de varias cuadrillas y talleres que intervienen en el mismo edificio, como queda claramente de manifiesto a partir del estudio de las marcas de cantero documentadas en cada una de las torres (PIZARRO, CASTRO, 2011, 285-286). La altura original de esta remodelación de la Calahorra viene marcada por las fajas de sillería, que presentan una ligera diferencia de disposición entre ambas torres y que marcarían el nivel del antepecho o parapeto del adarve. Sobre él se dispusieron varios merlones de los que se conserva completo el de la esquina nororiental de la torre oeste con la albardilla a cuatro aguas que lo remataba y que ha sido resaltado tras la restauración para su mejor comprensión (Figura 12e). Además de este merlón

se aprecian restos de los otros merlones de esquina. Las terrazas de estas torres laterales se situaban a una altura algo superior a la del terrado de la puerta islámica, que debió de mantener su aspecto original (PIZARRO, CASTRO, 2011, 285). No obstante, se acondicionó un curioso sistema para la evacuación de aguas de esta azotea de forma que no afectase a las torres laterales ni al tablero del puente (CASTRO, 2009, 86).

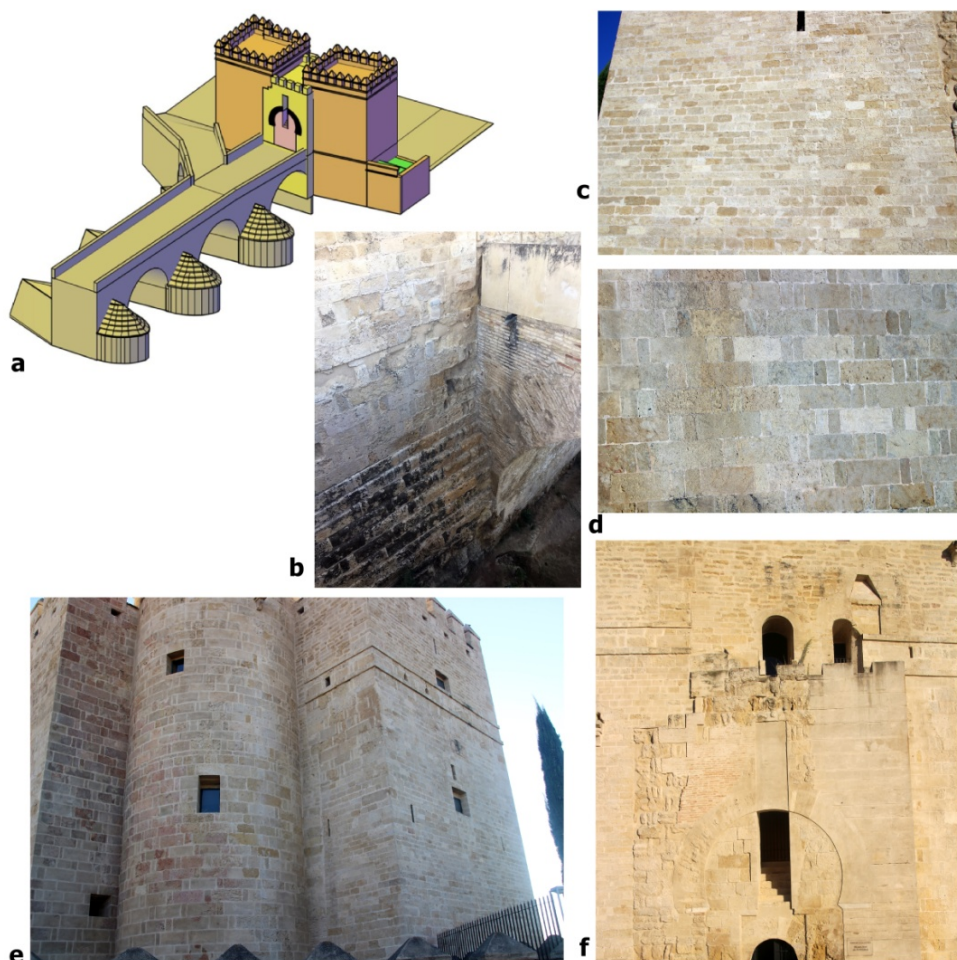


Figura 12.- a.- Restitución hipotética de la fase constructiva de época de Enrique II en la que se cierra el arco islámico y la fortaleza se transforma en un edificio aislado (© Convenio GMU-UCO; PIZARRO, CASTRO, 2011); b.- zarpa de cimentación de la torre oriental; c.- aparejo de sillarejo del alzado de la torre oriental; d.- aparejo de sillería a soga y tizón del alzado de la torre occidental; e.- fachada sur de la torre oriental; f.- detalle del merlón que se conserva completo en la esquina nororiental de la torre oeste.

El cierre del vano de la puerta omeya por el que se accedía al puente dejó aislado y cerrado el nuevo edificio. El carácter defensivo se pone de manifiesto con el nuevo sistema de entrada a la fortaleza. Para dificultar el ingreso de los posibles atacantes se dispuso una puerta el altura, a la que se ascendía mediante un sistema de puente retráctil o levadizo que una vez replegado quedaba encajado en la fachada septentrional, del que aún se aprecia el rebaje para el encastrado; si bien no quedan huellas de las ranuras o ranuras en las que encajaría el eje del puente, rotas con la construcción de la puerta actual. El mecanismo para izar el puente retráctil, muy probablemente mediante un sistema de torno (*cf.* MORA-FIGUEROA, 1994, 166), debió quedar situado sobre la terraza de la puerta islámica. Este aislamiento de la nueva fortaleza estuvo directamente relacionado con la destrucción del puente durante la “batalla del Campo de la Verdad” y la necesidad de apertura de un nuevo acceso para transitarlo, el conocido como “Arco de Enrique II”. De nuevo, ambas construcciones forman parte del mismo proyecto arquitectónico. El cierre de la puerta islámica obliga a la construcción de un nuevo arco para acceder al tablero, que presenta un trazado oblicuo respecto al eje del puente, puesto que circunda la fortaleza bajomedieval¹⁵.

Es precisamente el hecho de tener que rodear la Calahorra por su frente oriental lo que provoca que este flanco sea el que esté dotado de los principales dispositivos defensivos y simbólicos. Por un lado, en los costados este y sur se distribuyen los vanos de flanqueo, formados por dos líneas superpuestas de estrechas saeteras: la inferior, a media altura (coincidente con las habitaciones del primer piso interior), formada por tres huecos (una en el lado sur y dos en el oriental); y la segunda, situada al nivel del parapeto, entre las dos franjas decorativas de sillería, formada por cinco huecos de tiro. Las dos meridionales del costado oriental fueron transformadas posteriormente en troneras de palo y orbe (*vid. infra*).

Entre ambas líneas de aspilleras se coloca el único elemento decorativo de la fortaleza, un escudo con las armas de Castilla y León, paso y visión obligada para los que accedían a la ciudad por este punto. Este testimonio heráldico ofrece uno de los principales argumentos para la adscripción cronológica de

¹⁵ No sabemos si el último ojo del puente, el más próximo a la Calahorra, pudo haber quedado destruido durante la batalla y si tal circunstancia favoreció el aislamiento de la fortaleza y condicionó el sistema de acceso y las dimensiones del puente levadizo. Aunque resulta una hipótesis de trabajo sugerente, no contamos con argumentos suficientes para confirmarlo.

esta fase, además de las lacónicas e indirectas noticias existentes que atribuyen las obras al monarca castellano Enrique II (Figura 13).



a



b



c

Figura 13.- Escudo real de Castilla y León, localizado en la fachada oriental de la torre este; b.- escudo de la Capilla Real de la Mezquita-Catedral; c.- escudo de la Puerta del Perdón en la mezquita-catedral.

El escudo está labrado en placas de calcarenita, material que permite una fácil talla, pero que se ve afectado por los agentes erosivos. Reproducimos la precisa descripción expuesta en el informe arqueológico de los técnicos que tuvieron acceso a la pieza antes del minucioso proceso de restauración al que fue sometido.

“El escudo de armas de Castilla y León está compuesto por un panel central cuartelado en cruz en el que aparecen dos castillos y dos leones rampantes, en ambos casos mirando a la izquierda. Estos motivos están enmarcados por una orla decorada con pequeñas florecillas de seis pétalos. A los pies del escudo aparecen unos dragones cuyas cabezas miran hacia el interior. A ambos lados de este elemento central se disponen dos placas más con sendos leones rampantes enfrentados y remarcados por una orla que en la parte superior es rematada por una corona. A los pies de cada león se dispone un motivo vegetal” (CASTRO, 2009, 88).

Aunque estos motivos heráldicos son los habituales de los monarcas castellano-leoneses del siglo XIV, las mayores analogías se encuentran en los escudos conservados en la decoración mudéjar de yeserías de la Puerta del Perdón y, en especial, en la Capilla Real de la Mezquita-Catedral. Ambas construcciones se atribuyen al mismo monarca castellano, Enrique II Trastámara. La finalización de la Capilla Real (Figura 13b) cuenta con una inscripción que data la obra en 1371 (NIETO CUMPLIDO, 1998, 461); mientras que la Puerta del Perdón (Figura 13c) se fecha en 1377, gracias a los fragmentos de inscripción original (NIETO CUMPLIDO, 1998, 606). Aunque sería necesario un exhaustivo estudio iconográfico del escudo de la Calahorra, la forma de representar ciertos detalles como los leones coronados o los castillos, etc., parecen estar indicando que se trata de los escudos del mismo monarca.

En definitiva, el riesgo de contar con una nueva amenaza militar procedente de la orilla sur del Guadalquivir hizo aconsejable mantener en óptimas condiciones las defensas del acceso al puente mediante la transformación de la puerta de ingreso en una fortaleza aislada desde la que flanquear el tránsito por el elemento vital de la ciudad.

Recrecimiento de la fortaleza hasta su altura definitiva

La apariencia irregular del edificio, con dos alturas diferentes correspondientes a las dos grandes fases constructivas, debió de ser

corregida en un momento posterior, para el que no disponemos de argumentos cronológicos claros. Las actuaciones acometidas en esta ocasión consisten en el recrecimiento de los tres cuerpos precedentes (las dos torres bajomedievales laterales y el arco islámico central), añadiéndoles una planta más hasta alcanzar su altura actual; y, por otro lado, se regulariza la fachada meridional, que hasta ese momento mostraba una planta en “U”. El resultado es un edificio con planta rectangular (CASTRO, 2009, 89). Este recrecimiento se realiza mediante sillarejos de calcarenita dispuestos forma menos regular, pues en algunos tramos parece perderse la horizontalidad de las hiladas. Los merlones de la fase previa se utilizan como refuerzos en las esquinas, para lo cual desmontan las albardillas que los rematan, salvo en el situado en el ángulo noreste de la torre oriental (Figura 14).

En el centro de la fachada septentrional se abre un estrecho vano cerrado con un arco de medio punto, ligeramente retranqueado con respecto a la línea de fachada de la puerta islámica. Se ha planteado que pudiera tratarse de un hueco para “mantener en uso el sistema levadizo de la fase anterior” (PIZARRO, CASTRO, 2011, 287). Sin descartar completamente esta posibilidad¹⁶, creemos que esta función pudo realizarse desde el terrado, para lo cual se dispuso una ladronera que, a su vez, flanqueaba la vertical de la ventana inferior.

Por lo que respecta a la fachada meridional, la que regularizó la planta rectangular del edificio, ésta quedó embutida en los añadidos posteriores. No obstante, la intervención arqueológica ha aportado datos muy interesantes acerca de la configuración del edificio en este momento, pues ha permitido identificar en varios niveles la fábrica de la fachada del cuerpo central, con sus correspondientes vanos defensivos, a la que se adosó el cuerpo de escaleras meridional de la fase sucesiva (CASTRO, 2009, 91). A este momento se ha atribuido la transformación de las saeteras de la torre oriental en troneras (PIZARRO, CASTRO, 2011, 287) o la colocación de una tronera realizada *ex novo* de palo y orbe en el último tramo de escaleras de esta fachada meridional (CASTRO, 2009, 28 y 92). Sin embargo, según nuestro criterio, estas transformaciones habría que situarlas en la fase inmediatamente posterior, fechable, precisamente por esta adaptación a las nuevas técnicas poliorcéticas, en torno a finales del tercer cuarto del siglo XV (*vid. infra*).

¹⁶ La colocación de los dispositivos necesarios para el izado del puente no parecen ser compatibles con la función de representación que adquiere a partir de este momento la principal sala del edificio.

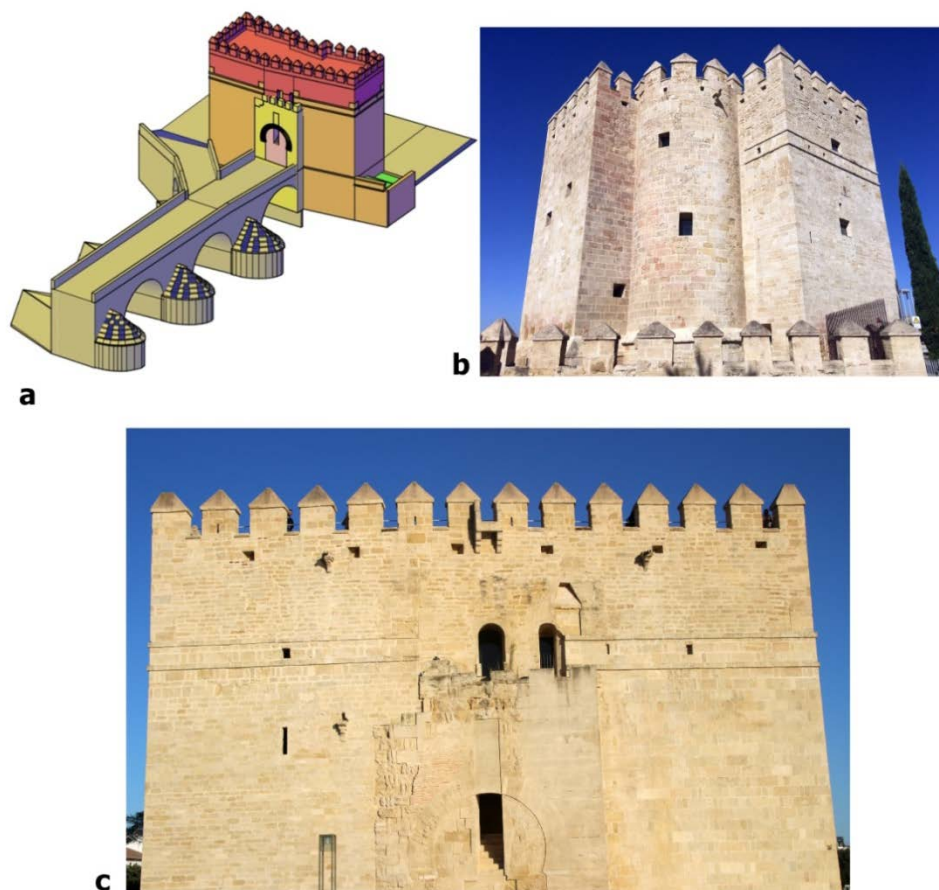


Figura 14.- a.- Restitución hipotética de la fase constructiva que supone el recerimiento de la altura de la torre (© Convenio GMU-UCO; PIZARRO, CASTRO, 2011); b.- ángulo sureste de la torre; c.- detalle del aparejo del recerido de la torre, con la ladronera central.

Finalmente, la imagen representada por algunas ilustraciones antiguas, como el dibujo de mediados del siglo XVI realizado por Anton van den Wyngaerde (*vid. supra*, Figura 3), muestran la Calahorra con una merlatura muy desdibujada, lo que hace pensar que el aspecto actual de este cuerpo superior ha sido el resultado de sucesivas intervenciones de restauración y mantenimiento del edificio en épocas moderna y contemporánea.

La construcción del frente meridional con las torres circulares y el cuerpo central de escaleras

La singular planta que presenta la fortaleza de la Calahorra se completa con la adición del cuerpo meridional, formado por dos cubos circulares y una crujía central de planta cuadrangular, en cuyo interior se disponen varios tramos de escaleras para el acceso a los diferentes pisos interiores del edificio. Las relaciones estratigráficas establecidas respecto a las torres de las fases precedentes confirman el adosamiento de estas estructuras y su adscripción a un proyecto arquitectónico posterior. Todo el conjunto se realiza con una técnica constructiva homogénea, consistente en un aparejo de sillería dispuesta a soga y tizón que le confiere un aspecto muy regular (Figura 15). Los elementos decorativos de los vanos cerrados por arcos conopiales y las marcas de cantero documentadas tanto en los paramentos exteriores como en los muros interiores permiten adscribir todas estas estructuras a una misma fase constructiva (PIZARRO, CASTRO, 2011, 287). El remate de la merlatura de todo el conjunto debió de llevarse a cabo en esta fase, como culminación del edificio; aunque estas piezas han sido objeto de continuas reparaciones y reposiciones.

Si bien, como hemos indicado, nuestro estudio se centra en los elementos exteriores del conjunto, destacamos la peculiaridad de una de las estancias dispuestas en el interior de una de las torres circulares. Mientras que en las plantas superiores el acceso a estas habitaciones se realiza a través del cuerpo central de escaleras, en las correspondientes a la planta baja el ingreso se lleva a cabo desde las salas existentes en las torres del siglo XIV. Sin embargo, en la habitación de la planta baja del cubo oriental se detectan algunos detalles que nos permiten plantear como hipótesis de trabajo una singular funcionalidad. Por un lado, el ingreso no es contemporáneo a la construcción de la torre circular, sino que se abre con posterioridad, rompiendo para ello el paramento que lo unía con la torre oriental. A tenor de estos datos, creemos que este espacio no estuvo abierto originalmente. Por otro lado, en la bóveda de ladrillo que lo cierra se aprecia un atañor de cerámica, un elemento característico de los aljibes o cisternas murales, esto es, los situados sobre la cota de pavimento, habilitados en el grosor de los muros, que se abastecían mediante la conducción y almacenamiento del agua de lluvia desde la azotea. Ejemplos de este singular tipo de aljibes los encontramos en el castillo de Belmez (en la fase correspondientes a la segunda mitad de siglo XV) y en el castillo gaditano de Olvera, de la misma

cronología (ROJAS, 1985-1986) o en los castillos de Feria (Badajoz), Montalbán (Toledo) y Belmonte de Campos (Palencia) (MORAFIGUEROA, 1994, 31-32).

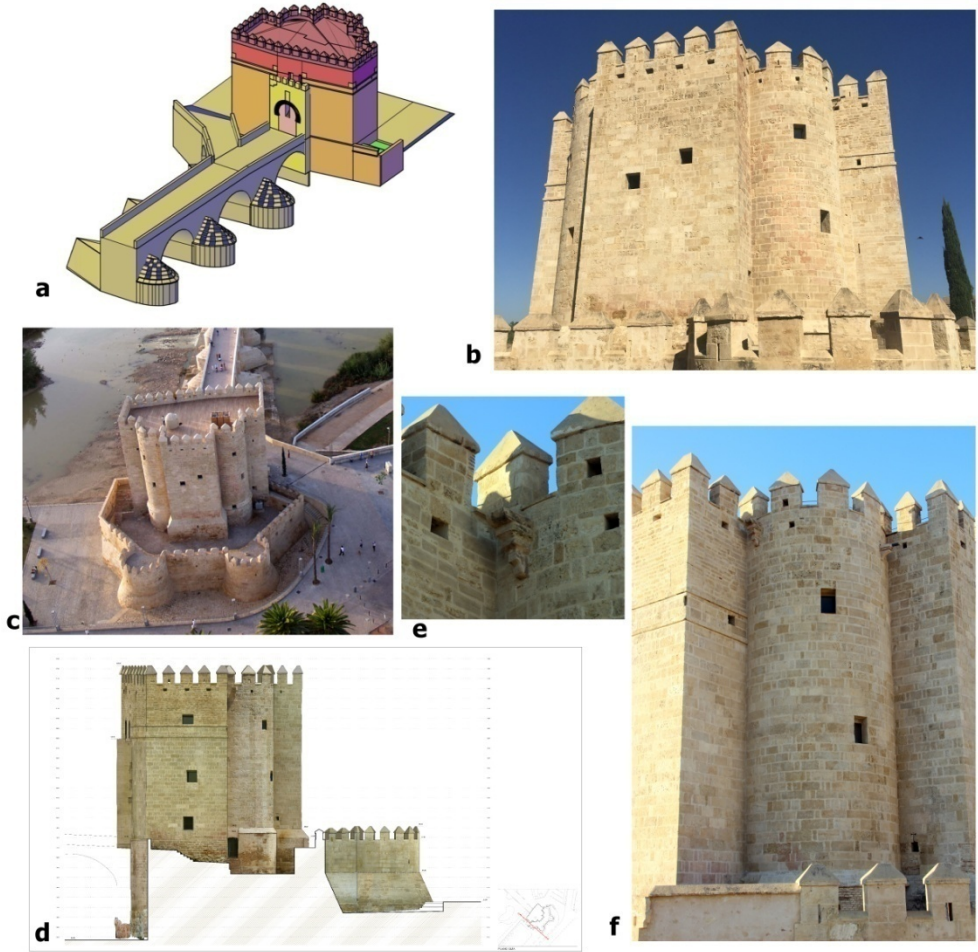


Figura 15.- a.- Restitución hipotética de la fase constructiva que supone el adosamiento de estructuras en la fachada sur, con los dos cubos circulares y el cuerpo trasero de escaleras (© Convenio GMU-UCO; PIZARRO, CASTRO, 2011); b y c.- vistas generales del cuerpo trasero; d.- sección del alzado de la fachada occidental de la torre, donde se aprecia el emplazamiento de la ladronera y la tronera; e.- detalle de la ladronera; f.- ángulo suroeste donde se aprecia la ubicación de la ladronera y la tronera de cruz y orbe.

Al exterior, en una discreta posición, en el ángulo suroccidental entre la torre oeste de la fase precedente y el cubo occidental, se abrió un pequeño portillo al nivel de suelo, rematado por un arquillo conopial que daba acceso al cuerpo de escaleras. Para la defensa de este vano se incorporaron dos elementos de flanqueo: por un lado, una ladronera dispuesta en la vertical del vano que protegía el punto de ingreso¹⁷; y, por otro, una tronera de cruz y orbe, situada en el flanco occidental del cuerpo central.

Según nuestro criterio, los aspectos más interesantes de esta fase, y los que nos permiten aquilatar su cronología, son los relativos a las actuaciones efectuadas para el acondicionamiento de la Calahorra y su adaptación a los nuevos dispositivos de defensa que incluían el uso de armas de fuego; es decir, los relativos al proceso de adaptación pirobalística que caracteriza a la mayoría de las fortificaciones castellanas de segunda mitad del siglo XV (*cfr.* MORA-FIGUEROA, 1993a y 1993b; COBOS GUERRA, 2001 y 2004).

Es precisamente en este momento, coincidiendo con la permanente situación de inestabilidad política y de conflictividad social entre diferentes bandos nobiliarios por el control de una debilitada monarquía castellana, cuando los enclaves estratégicos de las ciudades adquieren un renovado protagonismo y son objeto de atención por parte de las facciones contendientes. En el caso del Reino de Córdoba estas luchas nobiliarias tuvieron varios escenarios: las villas señoriales, las plazas de realengo y, especialmente, la propia capital (LEÓN, 2010). Aunque los enfrentamientos surgen ya desde época de Juan II, se generalizan durante el reinado de Enrique IV, encabezados por los titulares de los dos principales linajes cordobeses: de un lado, D. Alfonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar e instigador de los principales actos de rebeldía frente a la corona; y de otro, don Diego Fernández de Córdoba, Conde de Cabra y mariscal de Castilla (*cfr.* QUINTANILLA RASO, 1979).

La capital cordobesa es el escenario en el que se enfrentaron directamente y de forma más violenta ambos bandos contendientes. Los objetivos de dichos enfrentamientos eran los principales enclaves fortificados de la ciudad, que garantizaban el dominio efectivo sobre la

¹⁷ La reconstrucción de un merlón en el ángulo, en el punto de acceso a la ladronera desde la azotea, ha alterado significativamente el funcionamiento de este dispositivo defensivo, anulando su efectividad original. De hecho, esta errónea y relativamente reciente restitución de un elemento originalmente inexistente se ve confirmada por algunos dibujos y fotografías de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

capital y la expulsión de los miembros del bando derrotado y, en ocasiones, la confiscación de sus propiedades (QUINTANILLA RASO, 1982, 348).

La primera gran contienda tuvo lugar en 1465 cuando don Alfonso de Aguilar y sus aliados, partidarios del infante don Alfonso frente a Enrique IV, consiguieron hacerse con la torre de la Calahorra y las puertas de la muralla, cuya vigilancia era responsabilidad del alguacil mayor, el conde de Cabra, quien, junto a sus aliados, fue desterrado de la ciudad (QUINTANILLA RASO, 1979, 113). Los intentos de recuperación de torres y puertas por los seguidores del bando enriqueño fueron reiterados, pese a lo cual, el señor de Aguilar y sus partidarios mantuvieron el control de la plaza hasta 1469.

Y es precisamente en la Calahorra donde encontramos algunos de los principales testimonios materiales relacionados con el contexto de luchas nobiliarias en el que se llevaron a cabo obras de acondicionamiento de las fortificaciones urbanas para adaptarlas a los nuevos procedimientos militares (Figura 16).

Al igual que sucedió con el alcázar real, la tenencia de la fortaleza de la Calahorra fue asumida por don Alfonso de Aguilar en 1464, con lo que se hacía el dueño incontestable de la ciudad de Córdoba. Es probable que durante esta primera etapa, en apoyo de la facción del infante don Alfonso, se hicieran algunas de las adaptaciones en la fortaleza. De este modo, creemos que las aspilleras situadas en el piso superior del flanco meridional de la torre oriental, la que controlaba el acceso al puente, fueron retalladas en su base y transformadas en troneras (Figura 16a). Se amplió su parte inferior, confiriéndole una sección circular, adoptando la forma correspondiente al tipo de tronera de ojo de cerradura invertido. El aspecto de estas troneras ha sido recuperado durante la intervención arqueológica integrada en la restauración de los paramentos exteriores del edificio, pues en un momento de la historia del edificio habían sido sellados con mortero, anulando su función defensiva.

En el interior del cuerpo cuadrangular central situado en el costado sur del edificio existe otra tronera similar (Figura 16b). Este vano defensivo se abre en el muro sur de la estancia principal del castillo, y está dirigido al tramo de escaleras por el que se accede a los pisos superiores. Si bien en un primer momento consideramos esta tronera como un elemento original (LEÓN, 2010, 75), hoy pensamos que, en realidad, se trata de la adaptación de un vano de tiro neurobalístico previo. En este caso, las características de la aspillera preexistente, con una ranura vertical muy estrecha y con dos

pequeños rebajes laterales con acusado derrame exterior, parecen estar indicando que se trata de un hueco acondicionado como vano pirobalístico en un momento posterior. Su posición interior, poco habitual, encuentra, no obstante, ciertas analogías con la tronera que emboca uno de los accesos interiores al cuerpo de torres del castillo fortaleza de Turégano (Segovia), construido por el obispo Arias Dávila hacia 1471 (COBOS, CASTRO, 1998, 207-208). Otro ejemplo con ciertas similitudes se encuentra en la tronera de cruz y orbe que enfila la puerta de ingreso desde el Aula Mayor a la torre del homenaje en el castillo de Santiago en Sanlúcar de Barrameda (OCAÑA, 2007, 52).

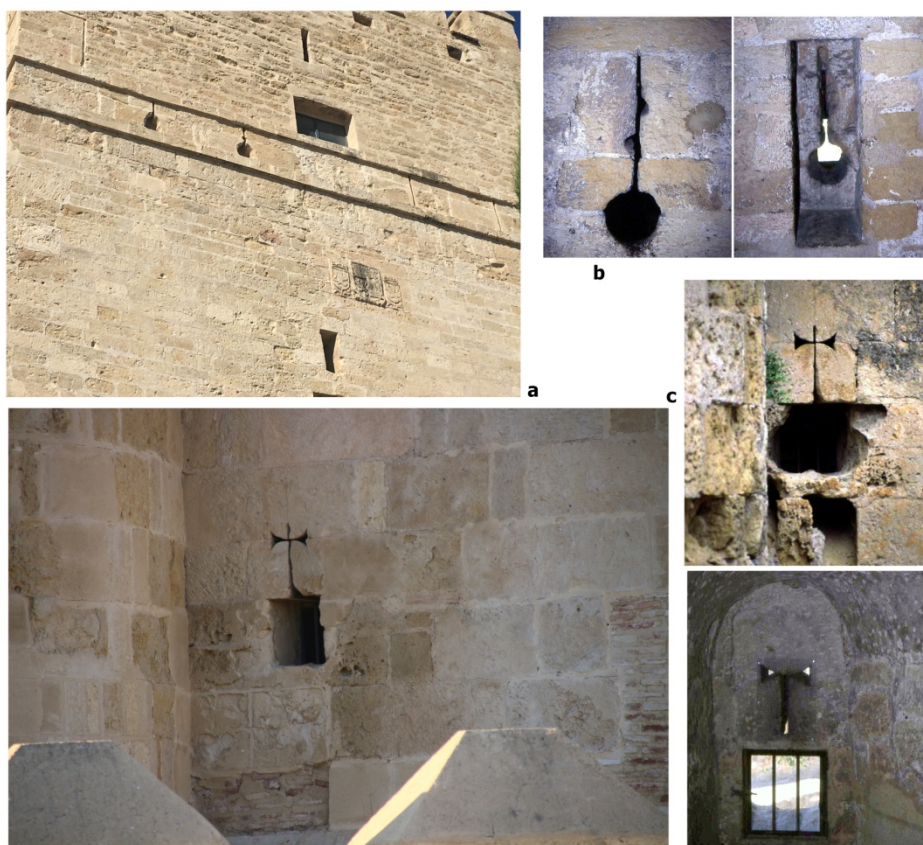


Figura 16.- Troneras de la Calahorra: a.- aspilleras transformadas en tronera en la fachada oriental de la torre; b.- aspillera convertida en tronera en el cuerpo interior de escaleras (vista interior y exterior); c.- tronera de cruz y orbe labrada ex profeso en el ángulo suroeste de la torre y detalle desde el exterior y el interior.

En el interior del cuerpo cuadrangular central situado en el costado sur del edificio existe otra tronera similar (Figura 16b). Este vano defensivo se abre en el muro sur de la estancia principal del castillo, y está dirigido al tramo de escaleras por el que se accede a los pisos superiores. Si bien en un primer momento consideramos esta tronera como un elemento original (LEÓN, 2010, 75), hoy pensamos que, en realidad, se trata de la adaptación de un vano de tiro neurobalístico previo. En este caso, las características de la aspillera preexistente, con una ranura vertical muy estrecha y con dos pequeños rebajes laterales con acusado derrame exterior, parecen estar indicando que se trata de un hueco acondicionado como vano pirobalístico en un momento posterior. Su posición interior, poco habitual, encuentra, no obstante, ciertas analogías con la tronera que emboca uno de los accesos interiores al cuerpo de torres del castillo fortaleza de Turégano (Segovia), construido por el obispo Arias Dávila hacia 1471 (COBOS, CASTRO, 1998, 207-208). Otro ejemplo con ciertas similitudes se encuentra en la tronera de cruz y orbe que enfila la puerta de ingreso desde el Aula Mayor a la torre del homenaje en el castillo de Santiago en Sanlúcar de Barrameda (OCAÑA, 2007, 52).

Además de estas adaptaciones sobre elementos preexistentes, en las estructuras de nueva fábrica las principales incorporaciones consisten en la inclusión de una tronera labrada *ex profeso* para el flanqueo de uno de los puntos débiles de la fortaleza (Figura 16c). En concreto, en la cara occidental del cubo situado en el ángulo suroeste, a la altura del primer tramo de escaleras, se instala una tronera de cruz y orbe para controlar los aproches a este punto desde el oeste. Aunque la forma circular del “orbe” en el que se encajaba la pieza de artillería está muy alterada, sí se aprecia con claridad la silueta de la tronera, sobre todo en su parte superior: al exterior muestra una estilizada forma de cruz con brazos curvados, mientras que al interior la cruz de la tronera presenta el aspecto de una *Tau*, que podría tener alguna connotación protectora por su condición de símbolo cristiano. En cualquier caso, se trata de un hueco diseñado expresamente para la instalación de una pieza de artillería de pólvora y parece labrado en el mismo proceso constructivo en el que se levantan las estructuras de esta fase. Es bastante probable que el costado opuesto del cubo oriental hubiese estado provisto de una tronera similar, colocada a un nivel más alto, coincidiendo con el final del tramo de escalera interior; sin embargo, de haber sido así, su huella quedó borrada como consecuencia de su transformación en una ventana.

Aunque no tenemos ninguna referencia textual expresa a las obras acometidas en la Calahorra durante el siglo XV, creemos que es durante la segunda mitad de esta centuria cuando se lleva a cabo la adaptación de estos dispositivos de flanqueo, característicos del acondicionamiento de las fortificaciones al uso de la artillería de pólvora. En cuanto a la posibilidad de aquilatar la cronología de los cubos y el cuerpo de escaleras trasero, el hecho de incluir una tronera en el mismo proceso constructivo nos permite datar esta fase del edificio en el momento el que se intensifican los enfrentamientos entre los bandos contendientes por el control de Córdoba, durante los últimos años del reinado de Enrique IV. A este respecto, las evidentes analogías formales que presenta la tronera de cruz y orbe del cubo oeste con las documentadas en los castillos de Aguilar y Montilla, erigidas por Alfonso de Aguilar a inicios de la década de 1470 (LEÓN, 2010, 91), hacen pensar en una autoría común. Tras la rápida recuperación de la Calahorra por parte de don Alfonso de Aguilar a principios de la década de 1470, después de los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1465 y 1469, debieron de acometerse algunas obras de refortificación para garantizar el control de este punto de especial valor estratégico. La tenencia de esta fortaleza en manos de don Alfonso fue confirmada en varias ocasiones entre 1475 y 1476, hasta que en 1477 fue sustituido definitivamente en el cargo a instancias de los Reyes Católicos (QUINTANILLA, 1979, 131; RUFO, 1988, 23). A partir de este momento, la Calahorra pasa a manos del concejo de Córdoba, controlado directamente por la corona, que evitará cualquier otro intento de sublevación por parte de la nobleza cordobesa.

La construcción de la barrera artillera

La última gran intervención arquitectónica acometida en la fortaleza de la Calahorra supone una evidente transformación de su apariencia exterior y constituye uno de los ejemplos más ilustrativos de la etapa de transición en la arquitectura defensiva medieval para adaptarla al uso de la artillería de pólvora, con la incorporación de una barrera artillera que la rodea por todo su frente meridional. Se trata de una obra de sillería de calcarenita de muy escasa altura, rehundida en el terreno, muy probablemente precedida de un foso que se inundaría periódicamente con las crecidas del Guadalquivir. Su planta se adapta en cierta forma el edificio precedente, con dos torres circulares en los ángulos más salientes, aproximadamente a la altura de los cubos de la fase precedente (Figura 17).



Figura 17.- Vistas generales de la barrera artillera y detalle del portillo con sistema retráctil.

Este hundimiento de las estructuras supone un evidente cambio de concepción en las defensas con respecto a la fortaleza anterior. Hasta este momento el procedimiento principal para la protección del edificio se basaba en la altura de sus muros y el hostigamiento frente a los atacantes se realizaba prioritariamente desde la azotea o desde las aspilleras situadas en los pisos superiores. Sin embargo, con el nuevo diseño los vanos de tiro pirobalístico se sitúan al nivel del suelo para barrer la base de los aproches y, además, su ocultamiento reduce significativamente la incidencia de los proyectiles enemigos. Resulta paradójico, como señala F. Cobos, que “*su principal inconveniente es curiosamente que les sobra el edificio que rodean, convirtiéndose los altos muros de los castillos interiores, con los años y el mayor poder de la artillería, en un claro peligro para los*

defensores de la barrera” (COBOS, 2010, 80). Además, tanto los cubos como los lienzos intermedios mostraban potentes alambres desde la mitad de su altura hacia la base para reducir la incidencia de los proyectiles. El interior de las torres estaba acondicionado como cámaras de tiro, dotadas de sendas chimeneas de ventilación para evacuar los gases tóxicos provocados por la combustión de la pólvora. En el Reino de Córdoba contamos con dos de estos dispositivos en los cubos artilleros de Monturque y Montilla (LEÓN, 2010, 96-98); aunque las soluciones más elaboradas se encuentran en las barreras artilleras de algunas fortificaciones reales, como la de Medina del Campo, encargada por los Reyes Católicos a algún experimentado artillero del que desconocemos su nombre (COBOS, 2011, 78-79). Para salvar el foso, la barrera contaba con una poterna situada junto al costado oriental de la torre este, provista de ranguas en su base para encastrar el sistema retráctil. Su apariencia actual, con un arco escarzano de ladrillo, probablemente se deba a alguna reparación posterior.

No se conservan las cañoneras originales, pues toda la obra ha sufrido un agresivo proceso de restauración en la década de 1960 que ha cegado los vanos existentes. Pese a ello, la apariencia de esta barrera queda perfectamente reflejada en el dibujo de 1567 realizado por Wyngaerde, en el que se aprecian varios huecos, tanto en las torres como en los lienzos, destinados a encajar las piezas de artillería. En el interior de la liza se conservan varias cámaras de tiro que se corresponden con los huecos exteriores mencionados, que han sido recuperados en la mencionada restauración.

Aunque se ha planteado su contemporaneidad con respecto al cuerpo trasero de la torre (PIZARRO, CASTRO, 2011, 288), creemos que su cronología debe retrasarse hasta principios del siglo XVI. En primer lugar, como ya hemos indicado, por la incompatibilidad arquitectónica y funcional entre la barrera, parcialmente enterrada y oculta a los atacantes, y el castillo elevado en altura. Y, en segundo lugar, porque contamos con una explícita referencia textual que aporta un término *post quem* para la finalización de la obra. La fecha de construcción nos la proporciona una “*Real Provisión de S.M. la Reina D^a Juana hecha en Valladolid a 11 de octubre de 1514, (...) dirigida al licenciado Diego Ruiz de Bribierca Juez de residencia en Cordova para que apremiase a los herederos de Antonio Ortiz a que se habían dado por el cavallero Corregidor 1000 mrvs. para hacer una caba y barrera en la Calahorra a que cizieren dicha obra y en su defecto que entreguen la referida cantidad*” (AHMCO, Sección 5^a, Serie 3^a – 2^a, Doc. 1).

Aunque no se exponen más detalles sobre las características de la obra ni el momento de su conclusión, pensamos que el resultado sería la barrera descrita, encargada al mencionado alarife local. Esto explicaría el aspecto modesto y arcaizante de su diseño, si se compara con otras construcciones coetáneas (La Mota, Salsas, Salobreña, etc...), diseñadas por ingenieros de reconocida experiencia al servicio de la Corona. Por otra parte, la ciudad de Córdoba a principios del siglo XVI no estuvo sometida a ninguna amenaza inminente por parte de ejércitos bien pertrechados que hiciese necesario mayores esfuerzos en su defensa militar. Probablemente pudo tratarse de una obra de carácter preventivo ante futuros levantamientos nobiliarios en la ciudad, como el sucedido en 1508, o quizás fue el resultado de una simple reforma puntual en una de tantas fortalezas reales, como las de la costa.

Sea como fuere, con esta última actuación se cierra la etapa de utilización de la Calahorra como fortaleza medieval. A partir de entonces el edificio será objeto de constantes intervenciones de restauración, reparación y adaptación para los más diversos fines. Estas costosas inversiones han garantizado el mantenimiento de uno de los monumentos que de forma más elocuente atesora y sintetiza en sus muros la historia militar de Córdoba. Esta fortificación, concebida para la defensa del puente y de los habitantes de la ciudad, merece ser redescubierta y contar con un espacio expositivo centrado en explicar su propia evolución, pues es mucho más que un simple contenedor: es la protagonista de su propia historia.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1953): “Catálogo de la Exposición de recuerdos de la vida del Gran Capitán”, *B.R.A.C.* 69, 198-218.
- ALMAGRO GORBEA, A. (2008): “La puerta califal del castillo de Gormaz”, *Arqueología de la Arquitectura*, nº 5, pp. 55-77.
- ANÓNIMO (1950): *Una crónica Anónima de Abd al-Rahman III al-Nasir*, ed., trad., notas e índices de E. Levi-Provençal y E. García Gómez, Madrid-Granada.
- ARJONA CASTRO, A. (1982): *Anales de Córdoba Musulmana (711-1008)*, Córdoba.
- AZUAR RUIZ, R. (1995): “Las técnicas constructivas en al-Andalus. El origen de la sillería y del hormigón de tapial”, *V Semana de Estudios Medievales*, Logroño, 125-142.

- BARRAUCAND, M. y BEDNORZ, A.(1992): *Arquitectura islámica de Andalucía*, Colonia.
- CAMPS CAZORLA, E. (1953): *Módulo, proporciones y composición en la arquitectura califal cordobesa*, Madrid.
- CASAL, M^a T. *et alii* (2004): “Informe- Memoria de la Intervención Arqueológica de Urgencia en el S.G. SS-1 (Parque de Miraflores y Centro de Congresos de Córdoba) (Primera Fase), *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2001, Tomo III, Sevilla, pp. 258-274.
- CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARIZALA, R. (1927): “Las fuentes musulmanas en la Batalla del Campo de la Verdad (1368)”, *B.R.A.C.*, 20, pp. 535-554.
- CASTEJÓN, R. (1929): “Córdoba Califal”, *B.R.A.C.* 25, Córdoba, 255-339.
- (1963): “Nuevas identificaciones en la Topografía de la Córdoba Califal”, *I Congreso Internacional de Estudios Árabes*, Córdoba, 371-389.
- CASTRO DEL RÍO, E. (2009): *Informe-memoria del Anexo al Proyecto de Control Arqueológico Calahorra*, expediente de las Obras de Restauración del “Puente Romano” de Córdoba: “la Torre de la Calahorra”. Expediente administrativo (inédito).
- COBOS GUERRA, F. (2001): “Artillería y fortificación ibérica de transición en torno a 1500”, *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500): Acta do Simposio sobre Castelos*, Lisboa, pp. 677-696.
- (2004): “Los orígenes de la escuela española de fortificación del primer Renacimiento”, *Artillería y fortificación en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica (1474-1504)*, Madrid, pp. 225-267.
- (2011): “Los castillos de la Mota en Medina del Campo”, *Conocer Valladolid 2010/2011. IV Curso de patrimonio cultural, Valladolid*, pp. 61-86.
- COBOS GUERRA, F., CASTRO, J.J. de (1998): *Castillos y fortalezas de Castilla y León*, León.
- CÓRDOBA DE LA LLAVE, R. (1999): “Estampas de un paisaje medieval desaparecido: el río y la vida urbana en la Córdoba del siglo XV”, en GARCÍA VERDUGO, F., ACOSTA, F. (Coords.), *Córdoba en la Historia: la construcción de la urbe*, Córdoba. 225-238.

- ESCOBAR CAMACHO, J.M. (1989): *Córdoba en la Baja Edad Media*, Córdoba.
- ESCRIBANO UCELAY, V. (1962): *La Calahorra. Casa de los Caballeros de Santiago. Plaza de la Corredera*, Conferencia de apertura del Curso 1961-1962 de la Real Academia de Córdoba en el Salón de Actos de la Excma. Diputación Provincial, Córdoba.
- GÁMIZ GORDO, A., ANGUÍS CLIMENT, D. (2005): "Imágenes Cordobesas: los Molinos y la Albolafia", *El Legado Andalusi*, nº 22, p. 80-89.
- GÁMIZ GORDO, A., GARCÍA ORTEGA, A. J. (2012): "Vistas del Alcázar de los Reyes Cristianos de Córdoba hasta mediados del siglo XIX", *Reales Sitios. Revista de Patrimonio Nacional* 193, pp. 4-19.
- GARCÍA GÓMEZ, E. (1967): *Anales Palatinos del Califa de Córdoba Al-Hakam II, por 'Isa ibn Ahmad al-Razi*, Madrid.
- GÓMEZ BRAVO, J. (1778): *Catálogo de los Obispos de Córdoba y breve noticia histórica de su Iglesia Catedral y Obispado*, Tomo I, Córdoba.
- GURRIARÁN DAZA, P. (2004): "Reflexiones sobre la fundación del castillo de Tarifa y los constructores del Califato de Córdoba", *Aljaranda: revista de estudios tarifeños*, 52, pp. 5-11.
- GURRIARÁN, P. (2018): *La arquitectura del poder en la frontera Sur de al-Andalus durante el Califato de Córdoba*, Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla. Inédito.
- HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, F. (1975): *El Alminar de Abd al-Rahman III en la Mezquita Mayor de Córdoba. Génesis y repercusiones*, Granada.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, J., SANCHO CORBACHO, A., COLLANTES DE TERÁN, F. (1951): *Catálogo Arqueológico y Artístico de la provincia de Sevilla*, T. III., Sevilla.
- HUICI MIRANDA, A. (1957): *Historia política del imperio almohade*, 2 vols, Tetuán (reed. 2000).
- HUNT ORTIZ, M. A. (2001): "Excavación arqueológica del castillo de San Jorge (Triana, Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1998*, vol. 3, Sevilla, pp. 811-823.
- IZQUIERDO BENITO, R. (2005): "Una ciudad de la Marca Media: Vascos (Toledo)", *Arqueología y Territorio Medieval*, nº 12.2, pp. 35-55.
- KAGAN, R.L. (Ed.) (1989): *Spanish Cities of the Golden Age. The views of Anton van den Wyngaerde*, Londres.

- LEÓN MUÑOZ, A. (2002-2003) “La Calahorra de Córdoba o el puente fortificado de época Califal”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 13-14, pp. 391-425.
- ___ (2003): “La fortaleza de la Calahorra”, en Vaquerizo Gil, D. (dir): *Guía Arqueológica de Córdoba*, Córdoba, pp. 211-214.
- ___ (2010): “Las fortificaciones castellanas del siglo XV en el Reino de Córdoba”, *Actas I Jornadas de Fortificaciones Medievales: El Sur de Córdoba*, Aguilar de la Frontera, pp. 59-111.
- ___ (2013): “Las fortificaciones de la Córdoba Almohade”, *Fortificações e Território na Península Ibérica e no Magreb (Séculos VI a XVI)*, Lisboa, Edições Colibri & Campo Arqueológico de Mértola, 2013, p. 337-354.
- LEÓN, A. *et alii* (2004): “Informe-Memoria de la Intervención Arqueológica de Urgencia en el P.A.-SS-4 (entorno de la Torre de la Calahorra) (Córdoba)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía, 2001*, Tomo III, Sevilla, pp. 244-257.
- LEÓN, A., LEÓN, E., MURILLO, J.F. (2008): “El Guadalquivir y las fortificaciones urbanas de Córdoba”, en *IV Congreso Internacional sobre fortificaciones: “Las Fortificaciones y el mar”*, Alcalá de Guadaíra (Sevilla), pp. 261-290.
- LEÓN, A., ZAMORANO, A.M^a. (2010): “El Puente de Los Nogales, Córdoba. Contribución al estudio de la infraestructura viaria de Madinat al-Zahra”, *Cuadernos de Madinat el-Zahra*, nº 6, pp. 205-233.
- LOPE DE AYALA, P. (1997): *Crónica del Rey don Pedro y del Rey don Enrique, su hermano, hijos del Rey don Alfonso oncenno*. Buenos Aires.
- MALALANA UREÑA, A. (1990): “Puentes-fortaleza en el Tajo: el tramo Zorita de los Canes (Guadalajara) - Castros (Cáceres)”, *Boletín de Arqueología Medieval*, 4, pp. 195-221.
- MARTÍN PRADAS, A., CARRASCO GÓMEZ, I. (2007): “La imagen de Écija: análisis literario e iconográfico de la ciudad”, *Actas de las V Jornadas de Protección del Patrimonio Histórico de Écija. Protección y conservación del Patrimonio Intangible o Inmaterial*. Écija, pp.121-172.
- MORA-FIGUEROA, L. de (1993a): “Fortificaciones de transición: del castillo al fuerte abaluartado”, *II Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Málaga, pp. 399-411.

- ___ (1993b): “Fortificaciones artilleras en la fortificación tardomedieval española”, *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500): Acta do Simposio sobre Castelos*, Lisboa, pp. 651-657.
- ___ (1994): *Glosario de arquitectura defensiva medieval*, Cádiz.
- MORENO CUADRO, F. (1989): “Aportación al Estudio del Arquitecto Cordobés Rafael de Luque y Lubián (1827-1891)”, *Apotheca* nº 1, 83-130.
- NIETO CUMPLIDO, M. (1979): *Corpus Mediaevale Cordubense, I (1106-1255)*, Córdoba.
- ___ (1998): *La catedral de Córdoba*, Córdoba.
- OCAÑA JIMÉNEZ, M. (1935): “Las puertas de la medina de Córdoba”, *al-Andalus* III, 143-151.
- OCAÑA, A. (2007): *El castillo de Santiago en Sanlúcar de Barrameda*, Puerto de Santa María, Cádiz.
- ORTI BELMONTE, M.A. (1957): “La torre de la Calahorra”, *Vida y Comercio*, 7, s.p.
- ___ (1980): *Córdoba Monumental, Artística e Histórica*, Córdoba.
- PAVÓN MALDONADO, B. (1990): *Tratado de arquitectura Hispanomusulmana. I. Agua*, Madrid.
- ___ (1994): “Córdoba y los orígenes de la arquitectura hispanomusulmana. Aspectos técnicos”, *B.R.A.C.* 127, 269-341.
- PIZARRO BERENGENA, G., CASTRO DEL RÍO, E. (2011): “La Torre de la Calahorra de Córdoba. Aproximación desde la gliptografía”, en *Actes du XVII^e Colloque International de Glyptographie de Cracovie*, Braine-le-Chateau, pp. 283-305.
- QUINTANILLA RASO, M^a.C. (1979): *Nobleza y señorío en el Reino de Córdoba. La Casa de Aguilar (siglos XIV-XV)*, Madrid.
- ___ (1982): “Estructuras sociales y familiares y papel político de la nobleza cordobesa (siglos XIV-XV)”, en *la España Medieval III. Estudios en Memoria del Prof. D. Salvador Moxó*, Madrid, pp. 331-352.
- RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T. (1973): *Paseos por Córdoba, o sea Apuntes para su historia*, León.
- RAMIREZ DE ARELLANO, R. (1982): *Inventario-Catálogo Histórico Artístico de Córdoba*, Córdoba, pp.138-143.

- RODRÍGUEZ, M^a.J., SOUTO, J.A. (2000): “De Almanzor a Felipe II: La inscripción del Puente de Alcántara de Toledo (387/997-998) y su curiosa historia”, *al-Qantara* XXI, 185-209.
- ROJAS GABRIEL, M. (1985-1986): El castillo de Olvera, provincia de Cádiz (I.P.C.E.-D.G.B.A: E, CA-1,1-Ca-044-EM)”, *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*, nº 5-6, pp. 427-443.
- RUFO YSERN, P. (1988): “Andalucía en la Guerra de Sucesión (1475-1480)”, *Archivo Hispalense*, nº 128, pp. 3-26.
- IBN SAHIB AL-SALA (1969): *Al-Mann bil-Imama*. Estudio preliminar, traducción e índices por Ambrosio Huici Miranda, Textos Medievales, 24, Valencia.
- SALINAS, E., MARTÍN URDÍROZ, I., LEÓN MUÑOZ, A. (2009): “Los contextos cerámicos almohades en el recinto fortificado de la Calahorra (córdoba)”, *Actas del VIII Congreso Internacional de Cerámica Medieval*. Ciudad Real, Tomo II, pp. 1035-1040.
- SARAZÁ Y MURCIA, M. (1920): "La Calahorra", *Sociedad Cordobesa de Arqueología y Excursiones*, Córdoba.
- VAQUERIZO, D. (2008): “Ad ripam Baetis: Corduba / Colina Patricia. Simulacrum Romae”, en Rubiales Torrejón, J. (ed.), *El Río Guadalquivir*, Sevilla, pp. 185-195.
- VIGUERA MOLINS, M^a.J. (2014): “Biografías con referencias sobre Córdoba: Aquel “Manuscrito Jaldun I”, *al-Mulk* 12, pp. 35-53.
- ___ (2015): “Referencias a mezquitas de Qurtuba en la obra de al-Marwani sobre “biografías cordobesas”, *al-Mulk* 13, pp. 11-29.
- ZANÓN, J. (1989): *Topografía de Córdoba almohade a través de las fuentes árabes*, Madrid.